
HARLEQUIN
Bianca
Maggie Cox
Un oscuro trato



Maggie Cox

Un oscuro trato



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Un oscuro trato, n.º 2358 - diciembre 2014
Título original: A Devilishly Dark Deal
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-4867-2
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Índice

Capítulo 1

Grace Faulkner se subió ligeramente el ala del sombrero de paja que llevaba, se recostó sobre el respaldo de la tumbona, perdió la mirada en el inmenso azul del océano a través de sus gafas de sol tamaño extragrande y suspiró. Debería aprovechar al máximo la tranquilidad del momento y relajarse, pero no era fácil con ese continuo revoloteo de mariposas en el estómago.

Estaba agobiada porque tenía la intención de ponerse frente al empresario más rico y venerado de aquella prestigiosa zona y pedirle que apoyara a la organización humanitaria de ayuda a los niños de África que tan importante era para ella. Y no solo que la apoyara, sino que hiciera la generosa aportación económica que tanto necesitaban para poder comenzar a construir un nuevo orfanato porque el actual se sostenía tan solo mediante la esperanza y la oración.

La idea de hablar con él había surgido al oír al propietario de la cafetería en la que estaba el día que había llegado a sus oídos el rumor de que Marco Aguilar se encontraba en la zona; le estaba diciendo a un turista estadounidense que había conocido al famoso empresario de joven y comentaba lo lejos que había llegado teniendo en cuenta que había crecido en un orfanato cercano.

Aquella conversación había sido para Grace como un mensaje de la divina providencia y no podía desperdiciar la información. Sabía que dispondría de solo unos segundos para atraer la atención del empresario antes de que alguno de sus guardaespaldas la sacara del local, así que tenía que estar preparada. Teniendo en cuenta que podría servir para ayudar a mejorar las vidas de unos niños que la habían conmovido profundamente, en lugar de volver a África con la noticia de que no había conseguido los fondos que tanto necesitaban, el hecho de que un guardaespaldas la echara de allí le parecía una minucia. Después de ver con sus propios ojos la miseria en la que vivían aquellos niños, una miseria de la que solo tendrían posibilidad de salir con la ayuda de una buena formación y de las organizaciones benéficas, Grace había prometido a los integrantes de la organización que iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para que esa posibilidad se convirtiera en una realidad. Pero antes tenían que reconstruir el hogar de aquellos niños.

El ruido de un helicóptero interrumpió sus pensamientos. Tenía que ser él.

Había llegado tan agotada y preocupada de África, que sus padres la habían convencido para que aprovechara la casa que tenían en el Algarve para tomarse el descanso que tanto necesitaba. Por una vez no había puesto ningún impedimento a que sus padres le dijeran lo que debía hacer y se alegraba de no haberlo hecho, porque el segundo día de estar allí se había enterado de que Marco Aguilar iba a visitar uno de sus prestigiosos hoteles para acudir a una reunión. El hotel en cuestión se encontraba a solo unos metros de la casa de sus padres y, si los rumores eran fiables, aquel era el día. La llegada del helicóptero, el primero que había oído en los últimos tres días, parecía confirmarlo.

Se levantó de la hamaca con el corazón acelerado, abandonó el calor asfixiante del patio y notó el agradable frescor de la casa. Fue a la cocina para agarrar una botella de agua que metió en su cesta de paja, se colocó las gafas de sol, se quitó el sombrero y lo dejó sobre una silla. Y, tras comprobar que tenía las llaves, salió de allí corriendo.

El helicóptero había aterrizado en un discreto claro de un frondoso pinar, lo esperaban varios coches lujosos, la mayoría negros, aparcados frente al hotel. Delante del moderno edificio había una pradera de césped verde brillante, por donde se acercaban corriendo un grupo de periodistas y fotógrafos; los más rápidos se encontraban ya a las puertas del hotel. Para cuando la multitud se hubo metido al vestíbulo y Grace trataba de decidir con nerviosismo qué hacer a continuación, se acercó a la puerta del hotel un resplandeciente Jaguar negro. Del vehículo salió un corpulento guardaespaldas con el pelo muy corto que enseguida abrió la puerta de atrás para dejar salir al que sin duda era su jefe.

Debido a su impresionante éxito en los negocios y a ese supuesto misterio que lo rodeaba y que tan atrayente resultaba a los admiradores del mundo entero, era muy común que la imagen de Marco Aguilar apareciera en los periódicos de muchos países, incluyendo el Reino Unido.

La primera impresión de Grace fue que aquel empresario que había hecho fortuna en el mundo de los deportes y el ocio, especialmente en complejos hoteleros con campos de golf como aquel, era que su presencia resultaba tan abrumadora como su reputación. El impecable traje de lino que llevaba era el envoltorio perfecto para un cuerpo elegantemente musculado y el aire de millonario distinguido que desprendía todo él, desde su pelo negro hasta los mocasines italianos que cubrían sus pies, hacían pensar que aquel hombre tenía un ojo infalible para dar siempre con lo mejor. En ese momento se acercó a hablar con su guardaespaldas y Grace pudo ver que sus ojos eran del color oscuro del mejor chocolate. El sol del Mediterráneo lo inundaba

todo de un calor asfixiante y sin embargo él parecía sentirse perfectamente fresco y seguro de sí mismo.

Al observarlo con más detalle, vio con cierta agitación que tenía la mandíbula apretada y estaba muy serio, quizá enfadado incluso. Grace se asustó porque, si ya estaba molesto por algo, era muy poco probable que le prestara la menor atención. O peor aún, si llegaba a la conclusión de que se había presentado allí para molestarlo, podría llamar a la policía para que la detuvieran.

Pero Grace se tragó los nervios, se colocó el bolso al hombro y echó a andar hacia la puerta del hotel con aparente tranquilidad, como si fuera una huésped más, pues sin duda aquella era la oportunidad que buscaba. Se le ocurrió entonces que los periodistas habían dado por hecho, erróneamente, que la persona que buscaban estaba ya en el interior del hotel, pensando que se habría escabullido por alguna puerta trasera.

Trató de respirar con calma mientras lamentaba que el corazón le latiera tan deprisa. Tenía que hacerlo. Aquel hombre tenía una reputación y una presencia rotundamente intimidantes, pero no podía dejar que eso la acobardara. Ya no había vuelta atrás.

–¡Señor Aguilar! –gritó su nombre cuando se encontraba a unos dos metros de él. El guardaespaldas se giró hacia ella inmediatamente para impedir que se acercara más–. Señor Aguilar, ¿podría hablar un momento con usted antes de entrar? Le prometo que no le entretendré mucho tiempo.

–El señor Aguilar no habla con la prensa a menos que se haya acordado antes.

La voz del guardaespaldas sonó como un rugido al tiempo que la frenaba colocando su corpulento cuerpo delante de ella. Grace se asustó al notar aquellas enormes manos en los brazos.

El hecho de que la tocara desató su indignación.

–¡Suélteme! ¿Cómo se atreve a agarrarme así? No soy periodista.

–Entonces no tiene nada que hablar con el señor Aguilar.

–Por el amor de Dios… ¿de verdad le parece que puedo suponer algún peligro para su jefe? –Grace no pudo ocultar la frustración que le provocaba el haber conseguido acercarse tanto a aquel hombre y que le impidieran hablar con él.

–Suéltala, José.

La orden del señor Aguilar hizo que el corazón se le acelerara aún más. El guardaespaldas retiró las manos de inmediato y se echó a un lado, lo que la dejó por fin cara a cara con su malhumorada presa.

–Si no pertenece usted a esos mercenarios de la prensa, que se empeñan en hacerme preguntas sobre mi vida privada para después adornarlas a su antojo para disfrute de sus lectores, ¿qué es lo que quiere de mí, señorita…?

Tenía un claro acento portugués, pero hablaba con una sorprendente corrección. La intensidad de la mirada que le lanzó la dejó paralizada durante unos segundos; aquellos profundos ojos color caramelo parecían haberla hechizado.

–Faulkner –respondió por fin, con una voz más temblorosa de lo que habría deseado–. Grace Faulkner. Y, para que esté tranquilo, no me interesa lo más mínimo su vida privada, señor Aguilar.

–Qué alegría –contestó él con ironía, al tiempo que se cruzaba de brazos.

Pero Grace no se dejó intimidar.

–He venido a hablarle de un orfanato africano que necesita ayuda urgente, ayuda económica para ser exactos, para reconstruirlo y dotarlo de una escuela. Acabo de volver de allí y puedo decirle que es intolerable que esos pobres niños vivan así, si a eso se le puede llamar vivir. Junto al lugar donde duermen hay una cloaca abierta y ya han muerto varios niños por beber agua contaminada. ¡Por Dios, estamos en pleno siglo XXI! Aquí en occidente somos muy ricos, pero dejamos que sigan ocurriendo estas cosas sin hacer nada y sin siquiera indignarnos como deberíamos. ¿No cree que no hay derecho?

–Admiro la pasión y la dedicación con la que defiende su causa, señorita Faulkner, pero debe saber que ya financio varias organizaciones humanitarias de todo el mundo. ¿Le parece justo abordarme de este modo cuando estoy a punto de entrar a una reunión que para mí es muy importante?

Grace parpadeó. Había oído el rumor de que el señor Aguilar estaba allí para supervisar la adquisición de un complejo turístico que no había tenido tanto éxito como los suyos. Eso era precisamente lo que lo había hecho famoso, su habilidad para comprar negocios con problemas y llevarlos al éxito, multiplicando así los beneficios. Si era cierto lo que afirmaban los periódicos y revistas, ese dinero servía para sufragar una vida de playboy. Pero ¿cuánto dinero y poder necesitaría acumular aquel hombre?

La indignación se apoderó de ella.

Se apartó un mechón de pelo de la cara y miró al millonario a los ojos sin parpadear una sola vez.

–¿Que si me parece justo? –repitió con furia–. ¿Y a usted le parece justo que esos niños mueran por falta de condiciones higiénicas más imprescindibles y, lo que es más importante, por la falta de amor y atención del resto de la humanidad? No creo que esa reunión sea más importante que eso.

En una décima de segundo, Marco Aguilar se había acercado a ella y un gesto apenas perceptible le hizo saber a Grace que había dado en el clavo. Al mismo tiempo, la fuerza del sol que caía a plomo sobre ambos multiplicó el efecto embriagador de su colonia. Algo más que

un poco mareada por la peligrosa combinación del calor y aquella mirada ofendida, Grace se preguntó cómo había tenido la audacia, o la estupidez, de pensar que con semejantes métodos podría conseguir el apoyo de alguien tan rico y poderoso. Estaba claro que no era así.

–Permítame que le dé un consejo, señorita Faulkner… No se le ocurra jamás buscar trabajo en ningún campo en el que se requiera cierta diplomacia. Me temo que no pasaría de la primera entrevista. Tiene suerte de que no le pida a mi guardaespaldas que la eche de aquí. Perdóneme… –hizo una pausa para mirarla de arriba abajo con gesto burlón antes de volver a sus ojos– pero me da la impresión de que no está alojada en el hotel, ¿verdad? Si es así, se ha arriesgado mucho al abordarme de esta manera. Ahora, si me disculpa, tengo una reunión a la que asistir. Puede que las personas con las que tengo que reunirme no estén tan necesitadas como esos huérfanos, pero le aseguro que se van a poner hechos una furia como no aparezca pronto.

–Escuche, señor Aguilar, siento mucho si he sido un poco brusca… Sinceramente, no pretendía ofenderle –Grace se mordió el labio inferior para intentar controlar sus emociones, pero no lo logró del todo–. En cualquier caso, no está bien que mire mi ropa de ese modo y me haga sentir mal solo para sentirse usted superior, ¿no le parece? Además, no he venido aquí a impresionarlo; el único motivo que me trae aquí son esos niños huérfanos. Y sí, defiendo mi causa con pasión, la misma que sentiría cualquiera que hubiese vivido lo que yo he vivido allí estas últimas semanas. Esperaba que usted pudiera ayudarnos, sobre todo después de oír que también se crio en un orfanato.

El empresario se quedó inmóvil y de su rostro desapareció de golpe todo el color, dejándolo pálido.

–¿Dónde ha oído eso? –le preguntó, bajando la voz.

A Grace se le quedó la boca seca.

–Lo oí… el otro día –tenía la sensación de estar a punto de desmayarse, pero no quería incriminar al dueño de la cafetería, así que levantó bien la cabeza y se atrevió a mirarlo a los ojos de nuevo sin parpadear–. ¿Es cierto? ¿Es usted huérfano, señor Aguilar?

Lo vio respirar hondo y soltar el aire lentamente como si estuviese tratando de tranquilizarse, después meneó la cabeza.

–Señorita Faulkner, usted dice que no es periodista, sin embargo ataca a su presa como si lo fuera. Su deseo debe de ser muy fuerte para llevarla a ser tan impertinente.

–Lo es –admitió, ruborizada–. Pero solo por los niños… yo no gano nada con esto, se lo prometo. Y no pretendía ser impertinente.

Justo cuando Grace pensaba que había arruinado cualquier oportunidad que tuviera y empezaba a arrepentirse de haber sido tan

atrevida, de pronto el empresario parecía estar dudando.

–Es evidente que este no es un buen momento para seguir hablando de todo esto con usted, señorita Faulkner, pero ha conseguido despertar mi curiosidad lo suficiente como para que nos reunamos otro día –echó mano al bolsillo interior de la chaqueta, que tenía un elegante forro de seda color café, y sacó una tarjeta negra en la que anotó algo–. Llámeme mañana a medio día. Pero le advierto una cosa… si le dice a alguien, sea quien sea, que ha hablado conmigo, puede olvidarse de todo, especialmente de que preste ayuda a su organización. Por cierto, ¿cómo se llama?

Grace le dio el nombre de la organización humanitaria.

–Bueno… volveremos a hablar, señorita Faulkner. Espero su llamada mañana a mediodía.

Marco Aguilar se dio media vuelta y se fue, seguido de cerca por su fiel guardaespaldas, que se secaba el sudor con un pañuelo mientras trataba de alcanzar a su jefe. Con la tarjeta agarrada como si fuera a desvelarle todos los misterios del universo, Grace miró a los dos hombres hasta que hubieron desaparecido tras la puerta giratoria del hotel.

Agradecido por el frescor que proporcionaba el aire acondicionado de la sala de reuniones después de sufrir afuera el sofocante calor del mediodía, Marco meneó el bolígrafo varias veces entre los dedos mientras intentaba centrar su atención en el director de su empresa, sentado al otro extremo de la larga mesa de madera de caoba.

Joseph Simonson estaba exponiendo la información sobre la adquisición con la meticulosidad y la elocuencia a las que lo tenía acostumbrado; no había nada que reprochar a su exposición, sin embargo a Marco estaba resultándole difícil prestar atención al discurso porque no podía quitarse de la cabeza aquellos brillantes ojos azules y ese rostro que tanto se parecía a cómo él habría imaginado a la diosa Afrodita.

Grace Faulkner.

Pero no había sido solo su belleza lo que lo había inquietado. No podía dejar de preguntarse cómo se habría enterado de que se había criado en un orfanato, algo que él jamás había hecho público conscientemente. Tenía que volver a hablar con ella para dejarle bien claro que sería una locura dar dicha información a la prensa, si bien era cierto que había gente del pueblo que conocían perfectamente sus orígenes. Quizá había sido un ingenuo al creer que esa gente tendría la lealtad suficiente para no hablar de su pasado. Ya lo había pasado muy mal con la prensa, así que lo que menos necesitaba en aquellos momentos era que saliera a la luz otra historia sobre él. Una historia

que, probablemente, sería la más difícil de afrontar para él.

La imagen de Grace Faulkner volvió a invadir su mente. Había asegurado que no pretendía impresionarlo, sin embargo era precisamente eso lo que había hecho. Ya había llamado a Martine, su secretaria, para pedirle que hiciera algunas averiguaciones sobre aquella mujer y sobre la organización humanitaria a la que tanto parecía apoyar. Por desgracia, no sería la primera vez que una mujer hacía algo poco honrado solo para tener la oportunidad de acercarse a él. Algo como aceptar dinero de un periódico por alguna anécdota inventada sobre él.

Marco se sorprendió a sí mismo deseando que aquella mujer fuera de verdad quien decía ser y que realmente lo hubiese abordado para conseguir que ayudara a su causa. Mientras había estado frente a ella, tan cerca que sus ojos lo habían deslumbrado como las aguas azules de un lago iluminado por el sol, Grace Faulkner no se había puesto nerviosa ni había apartado la mirada con gesto culpable. No, lo había mirado fijamente como si no tuviera absolutamente nada que esconder… como si lo que estaba diciéndole no fuera otra cosa que la verdad. «¿Qué diría si supiese lo atractivo y seductor que resulta eso?». Había salido y se había acostado con muchas mujeres hermosas a lo largo de su vida, pero en la mayoría de los casos por dentro no habían sido tan hermosas como por fuera.

Su exnovia Jasmine, por ejemplo, había cometido el error de intentar demandarlo por haber roto una supuesta promesa de mantenerla cuando la agencia de modelos para la que trabajaba no había querido renovarle el contrato porque la modelo prefería salir de fiesta y drogarse en lugar de acudir a las sesiones. Marco jamás le había hecho semejante promesa; en realidad ya le había dicho que quería romper con ella antes de que la prestigiosa agencia rescindiera su contrato. Aquella mujer había sido una verdadera carga, pero, por suerte, sus abogados habían conseguido que el juez desestimara el caso de inmediato por la absoluta falta de pruebas. Después del lamentable episodio, había vendido su historia a la prensa sensacionalista por una jugosa suma de dinero, una historia que había adornado con una acusación de malos tratos que le había hecho parecer un misógino despreciable.

Todo eso había ocurrido hacía tan solo seis meses y, desde entonces, Marco se había vuelto aún más receloso con las mujeres. A pesar de su lógica precaución, Grace Faulkner había conseguido despertar su curiosidad con su aparente empeño por ayudar a los demás y no solo a sí misma; quería saber más cosas sobre aquella belleza con rostro de ángel, debilidad por los niños necesitados y el valor necesario para plantarse delante de él y contarle su historia como si tuviera todo el derecho del mundo a hacerlo…

–¿Marco?

Joseph parecía intranquilo porque su jefe no había respondido a la pregunta que le había hecho y Marco tenía la ligera impresión de que ya llevaba un rato intentándolo. El resto de los asistentes a la reunión lo miraban atentamente, pues no estaban acostumbrados a verlo tan distraído.

Marco cruzó los brazos sobre el pecho y ofreció una sonrisa de disculpa que curvó sus austeros labios.

–¿Podrías repetírmelo, Joseph? Creo que no me he enterado bien. Debe de ser por culpa del jet lag; anoche llegué tarde de Sídney –explicó, encogiéndose de hombros.

–Claro –el director británico se relajó visiblemente al escuchar la explicación–. Estoy seguro de que ninguno de los que estamos aquí tendrá ningún problema en hacer que la reunión sea lo más corta posible para que puedas descansar.

Marco dio las gracias con un gesto que incluía a todos los presentes.

–Por cierto –continuó diciendo su leal empleado con cierta incomodidad, como si le resultara más fácil hablar de negocios–, ¿qué se siente al volver a casa? Debe de hacer por lo menos un par de años que no venías por aquí, ¿verdad?

–Así es… sí –respondió Marco, de nuevo en guardia, pero haciendo caso omiso a la primera parte de la pregunta, pues no tenía la sensación de haber vuelto a casa. Ni siquiera su inmensa fortuna le había ayudado a sentirse en casa en ningún sitio. Para alguien que había crecido en un orfanato, un hogar era solo un sueño siempre inalcanzable, una fantasía que no formaba parte de su futuro por más que deseara que fuera posible.

Por muchas casas espléndidas o mansiones que tuviera por todo el mundo, no conseguía tener un verdadero hogar. Últimamente había trabajado aún más de lo normal por lo que tenía la intención de quedarse en el Algarve unas cuantas semanas para bajar un poco el ritmo y tomarse un necesario descanso, pero con solo recordar su humilde pasado en Portugal, el plan había perdido gran parte de su atractivo. Tampoco le tentaba demasiado la idea de estar solo. Conocía mucha gente, pero no tenía verdaderos amigos con los que pudiera comportarse con absoluta normalidad y ser como era. Ni siquiera de niño le había resultado fácil hacer amigos. Uno de los cuidadores del orfanato le había dicho una vez que era un niño «complicado». Con su lógica infantil, Marco había dado por hecho que significaba que no era fácil quererlo…

Volvió a mover el bolígrafo, molesto con la sensación de nerviosismo y la presión que sentía en el pecho, señal inequívoca de que estaba agobiado; se sentía atrapado. No encontraba consuelo alguno en recordar el pasado.

–¿Les parece que continuemos? Todos tenemos muchas cosas que hacer antes de que acabe el día, así que no hay tiempo que perder –anunció bruscamente.

Avergonzado por las tensas palabras de su jefe, Joseph Simonson colocó los papeles que tenía delante y se aclaró la voz antes de comenzar a hablar…

Grace tenía el estómago encogido. Quedaban dos o tres minutos para las doce del mediodía y ya había acercado tres veces una mano temblorosa al teléfono y tres veces había vuelto a alejarla al darse cuenta de que podría estar muy cerca de conseguir la ayuda económica que tanto se necesitaba para reconstruir el hogar infantil, hacer un colegio y contratar a un profesor. El día anterior había sido muy valiente, como si nada ni nadie pudiera impedir que consiguiera lo que se proponía. Pero ahora, después de una noche sin apenas dormir, en la que el recuerdo de la penetrante mirada de Marco Aguilar la había invadido constantemente, no se sentía capaz de casi nada.

–¡Por el amor de Dios!

Agarró el teléfono, exasperada, y marcó el número que ya se había aprendido de memoria por si tenía la mala suerte de perder la tarjeta.

Al llegar a la casa el día anterior le había sorprendido comprobar que lo que Marco había anotado en el reverso de la tarjeta era el número de su teléfono móvil particular. No coincidía con ninguno de los números impresos con letras doradas sobre el fondo negro de la tarjeta. Recordó por un momento las caritas llenas de esperanza de los niños a los que había dejado en aquel precario edificio africano y sintió que le volvían las fuerzas necesarias para ayudarlos. Marco Aguilar no era más que un hombre. Una persona de carne y hueso igual que ella. No importaba que llevara trajes a medida que debían de costar una fortuna o que su nombre apareciera año tras años en la lista de las personas más ricas del mundo. Eso no lo hacía mejor que ella. Solo eran dos personas que iban a hablar de lo que había que hacer para ayudar a los que no eran afortunados como ellos. Tendría que recordarlo mientras hablaba con él.

Se dejó de oír la señal al otro lado de la línea, lo que quería decir que alguien había contestado.

–*Olá?*

–*Olá*.

–¿Señor Aguilar?

–Ah… ¿eres tú, Grace?

No esperaba que se dirigiera a ella por su nombre de pila y al oírselo decir con aquella voz grave y con acento sintió un escalofrío

muy desorientador. Perdió la mirada al otro lado de la ventana de la cocina y se pasó la mano por la cadera con nerviosismo.

–Sí, soy yo. Entiendo que es usted el señor Aguilar.

–Puedes llamarme Marco.

–No me atrevería a…

–Te estoy pidiendo que me llames por mi nombre, Grace, así que no es ningún atrevimiento. ¿Qué tal estás? Supongo que disfrutando del buen tiempo.

–Estoy bien… Sí, disfrutando del buen tiempo –respondió, asombrada de que la tratara con tanta confianza y sin saber muy bien cómo responder–. ¿Y usted qué tal?

–No tenía intención de que esta conversación fuera tan larga –espetó él entonces.

Grace se alegró de que no pudiera verla porque la había hecho sonrojar… no quería que pensase que era una de esas mujeres fascinadas por los famosos e incapaces de distinguir la fantasía de la realidad.

–Sé que está muy ocupado, así que no voy a dejarlo sordo de tanto hablar –Grace se mordió la lengua nada más utilizar aquella expresión tan infantil.

–¿Dejarme sordo? –repitió Marco, riéndose–. Espero que no lo hagas porque me resulta muy útil oír… especialmente cuando escucho a Mozart o a Beethoven.

–No debería haber dicho eso.

–¿Por qué? ¿Es que crees que no tengo sentido del humor? Espero tener oportunidad de demostrarte que te equivocas.

Grace se quedó sin habla, sorprendida de nuevo por su respuesta.

–Puede que te extrañe, pero acabo de darme cuenta de que tengo toda la tarde libre –siguió diciendo él–. Así que, en lugar de hablar por teléfono, podría ir a buscarte mi chófer y traerte a mi casa. ¿No te parece que es un lugar más agradable para charlar?

Debía de estar soñando. Una cosa era abordarlo a la entrada del hotel y otra muy distinta hablar por teléfono con él… pero jamás habría imaginado que un hombre como Marco Aguilar la invitaría a su casa para hablar de la organización humanitaria a la que ella pretendía ayudar.

–Bueno… si de verdad dispone de tiempo, sí. Sin duda será más cómodo hablarlo cara a cara.

–¿Entonces te parece bien que te vaya a buscar mi chófer y te traiga?

–Sí. Gracias, señor Aguilar.

–¿No te he dicho que me llames Marco? –insistió, riendo.

Grace solo sabía que a sus padres les daría un ataque si supieran que tenía intención de ir a casa de un completo desconocido, aunque

el desconocido en cuestión fuese un empresario conocido en todo el mundo. Siempre habían sido exageradamente protectores con ella. Había tenido que imponerse a ellos para marcharse de casa y ser libre. Incluso cuando había decidido irse a África para conocer sobre el terreno el trabajo de la organización humanitaria para la que trabajaba en Londres, había tenido que hacer frente a su oposición.

–No podéis tenerme toda la vida entre algodones –les había dicho–. Tengo veinticinco años y quiero ver el mundo con mis propios ojos. Quiero correr riesgos y poder aprender de mis errores.

–¿Grace?

Se dio cuenta entonces, con un buen sobresalto, de que Marco Aguilar estaba esperando su respuesta.

–Estoy aquí… supongo que tendré que darle la dirección para que envíe al chófer.

–Sería de gran ayuda, sí –respondió él.

Capítulo 2

En Portugal las casas solariegas se conocían como «casas *antigas*». Grace abrió los ojos más y más a medida que el chófer de Marco se iba acercando por el camino que habían tomado tras cruzar unas enormes puertas electrónicas. Muy pronto, los árboles que flanqueaban el camino le permitieron ver la suntuosa fachada de la mansión, con columnas de mármol que brillaban bajo el sol. Observó aquel lugar sin apenas poder creer lo que veía y murmuró para sí:

–Dios mío…

Como era inevitable, pensó en el desvencijado edificio que albergaba el orfanato de aquellos niños africanos y se le rompió el corazón al compararlo con aquel magnífico ejemplo de arquitectura decimonónica. ¿Marco Aguilar viviría allí él solo? La mera idea resultaba ridícula.

El sonriente chófer, con su impecable traje negro y su camisa blanca inmaculada, abrió la puerta del Jaguar y, nada más poner en pie en el suelo, Grace sintió el aroma de las buganvillas que, unido al calor, la dejó algo aturdida. Se quitó las gafas de sol, miró de nuevo a la casa y se sorprendió al encontrar a Marco, esperándola en la puerta.

–*Olá!* –la saludó al tiempo que levantaba la mano.

Llevaba unos pantalones chinos de color caqui y una camiseta blanca que hacía resaltar su torso atlético. Sin duda parecía mucho más relajado que el día anterior. Los nervios que le provocaba el hablar con él se relajaron un poco… pero solo un poco.

Cuando estaba ya en el último escalón, él le tendió una mano y estrechó la suya con fuerza.

–Volvemos a vernos –le dijo, sonriente.

El roce de su mano arrastró a Grace hacia una mezcla de sensaciones que la dejaron sin habla.

«Es horrible», pensó, aterrada. «¿Cómo voy a mostrarme competente mientras digo lo que tengo que decir con profesionalidad si un simple apretón de mano me causa esta reacción?».

–Gracias por mandarme el coche –consiguió decir–. La casa es preciosa –retiró la mano rápidamente y trató de sonreír para disimular todo lo que estaba sintiendo.

–Estoy de acuerdo. ¿Por qué no entras para verla bien?

Si la fachada le había impresionado, la opulencia y la belleza del interior de la casa la dejó boquiabierta. El suelo era como un mar de

mármol que se extendía por un enorme vestíbulo a través del cual su anfitrión la llevó hasta una sala mucho menos ostentosa y más acogedora. Allí había un conjunto de sofás y butacas sobre una gran alfombra persa tejida a mano en distintas tonalidades de rojo, ocre y dorado. En la pared del fondo, unas puertas acristaladas daban paso a una terraza con vistas a los jardines, que se prolongaban hasta el mar. Esa vez lo que embriagó los sentidos de Grace fue el intenso aroma de la madreselva que invadía la habitación como una suave lluvia. Estaba completamente fascinada.

–¿Quieres que nos sentemos en la terraza? Supongo que te habrás puesto protector solar en esa piel tan pálida y delicada.

–Sí, sí, voy bien protegida. Y sí, me encantaría salir a la terraza.

Una vez sentada en una cómoda butaca de ratán, bajo una sombrilla verde y dorada, Grace miró al jardín y suspiró.

–Es impresionante… un verdadero paraíso particular. Espero que tenga oportunidad de compartirlo a menudo con sus amigos. Sería un crimen no hacerlo. Me imagino que le encantará vivir aquí.

En el hermoso rostro de su anfitrión, que había ocupado la butaca que había frente a ella, aparecieron un sinfín de emociones distintas, pero ninguna de ellas reflejaba el más mínimo placer.

–Me temo que seguramente no lo aprecio tanto como debería, puesto que no vengo muy a menudo –reconoció él.

–Pero usted es de aquí, ¿no? Del Algarve, quiero decir –la pregunta salió de su boca antes de que pudiera impedirlo y enseguida vio que a Marco no le hizo ninguna gracia.

–Vuelves a comportarte como esos periodistas tan inquisitivos. Por cierto… ¿dónde escuchaste que me había criado en un orfanato?

Grace tragó saliva y notó el rubor que le invadía las mejillas.

–En realidad no lo escuché directamente… quiero decir que… la persona que lo dijo no estaba hablando conmigo. Escuché por casualidad una conversación que tenían dos personas en un café en el que yo estaba sentada.

–¿Entonces fue alguien de aquí?

–Sí. Un hombre que parecía admirarlo mucho por todo lo que ha conseguido en la vida… no había en sus palabras ni un ápice de falta de respeto.

–Y cuando te enteraste de que iba a venir al Algarve y que soy huérfano, se te ocurrió que tenías que aprovechar la oportunidad para intentar que ayudara a esos niños africanos, ¿verdad?

–Sí… estoy segura que usted habría hecho lo mismo en mi situación.

–¿Ah, sí? –Marco se cruzó de brazos y la miró fijamente, como si estuviera sopesando la idea… con una buena dosis de ironía y sentido del humor–. Quién sabe. En cualquier caso, deberíamos hablar un

poco más de lo que pretendes y… analizar bien los detalles. ¿No te parece?

–Desde luego –Grace se sintió aliviada de que la idea de haber escuchado una conversación ajena no lo hubiese predispuesto en su contra. Levantó la mirada hasta aquellos intensos ojos oscuros–. Pero antes quiero que sepa que no hago estas cosas todos los días… me refiero a abordar a un desconocido para convencerle de que me ayude. Cuando estoy en las oficinas que tiene la organización en Londres, tengo que actuar con profesionalidad y respectar las normas a rajatabla. Normalmente llevamos a cabo un buzoneo exhaustivo entre los posibles benefactores y, de vez en cuando, tengo oportunidad de llamar directamente a alguien conocido por su labor humanitaria.

–Si estás siendo sincera, es una novedad muy agradable.

Marco se quedó mirándola tan fijamente que, por un momento, Grace se olvidó hasta de respirar.

–Puedo afrontar la sinceridad, pero la falsedad me pone furioso.

–Yo no miento, señor Aguilar, ni tampoco estoy intentando engañarlo en modo alguno.

–Te creo, Grace. No dudo de que eres quien dices ser, ni tampoco de la razón por la que me abordaste ayer. ¿No se te ocurrió pensar que haría mis averiguaciones? Bueno, olvídate de eso y cuéntame más cosas sobre esa causa humanitaria capaz de hacerte correr el riesgo de acercarte a mí… Me encantaría saber cómo empezaste a involucrarte en la organización.

No debería haberle sorprendido que hubiese hecho averiguaciones sobre ella, pero le sorprendía.

Contenta de no tener nada que esconder, Grace le contó que al terminar la universidad seguía sin saber a qué dedicarse. Después le contó que unos amigos de sus padres le habían dicho que su hijo iba a dejar el trabajo que tenía en una organización humanitaria con sede en Londres. Esos mismos amigos le habían sugerido que se presentara para cubrir el puesto. Y así había sido como había empezado a trabajar allí y, después de un par de años, había surgido la oportunidad de viajar a África a visitar uno de los muchos orfanatos que gestionaba la organización. Desde entonces había ido ya varias veces, pero había sido la primera visita la que le había cambiado la vida. Mientras se lo contaba a Marco, volvió a sentir apasionadamente el convencimiento de que debía hacer algo por aquellos niños.

Cuando dejó de hablar, debatiéndose entre la esperanza de que Marco fuera a ayudarla y el pesimismo de no conseguirlo, Grace se quedó callada y solo pudo oír el sonido de su propia respiración, acelerada por la impaciencia.

El sol parecía traspasar la tela de la sombrilla. Sintió que le caía una gota de sudor entre los pechos y, sin darse cuenta, se la secó con un

dedo. Al volver a levantar la vista se encontró con que en los ojos de Marco había algo tan parecido al deseo que la dejó helada y le aceleró el corazón al mismo tiempo. La invadió en un instante un intenso deseo que la dejó aturdida.

Ella había dejado de hablar, pero Marco seguía mirándola sin parpadear, sin poder apartar los ojos de esa mano que acercó al cuello del blusón blanco que llevaba. Llevaba un rato distraído por la gota de sudor que había visto bajar desde su nuca hasta colarse bajo la blusa y, al ver que ella colaba un dedo entre los botones, se había apoderado de él un deseo tan ardiente que le había provocado una erección. Y le excitaba aún más el hecho de que hubiese sido un movimiento tan evidentemente inconsciente e inocente.

Grace Faulkner ya había conseguido acelerarle el pulso más que ninguna otra mujer con la que hubiese estado en mucho, mucho tiempo, y se dio cuenta de que no tenía prisa alguna por que se marchase de allí.

–¿Te apetece beber algo? –le ofreció, poniéndose en pie, y cuando ella asintió levemente, entró a la sala–. ¿Una copa de vino? ¿O quizá un zumo o una limonada?

–Una limonada, gracias.

–Ahora mismo vuelvo.

Cuando volvió de hablar con Inês, la cocinera y ama de llaves, Marco sentía que volvía a tener bajo control la inesperada atracción que su bella invitada había despertado en él sin siquiera darse cuenta. Pero al verla bajo la sombrilla, volvió a acelerársele el pulso. Tenía un aspecto tan angelical con el pelo rubio cayéndole sobre los hombros. Marco se confesó a sí mismo que estaba dispuesto a hacer casi cualquier cosa con tal de que se quedara a pasar el resto de la tarde con él.

Ella sonrió con timidez y cierta reticencia al verlo llegar. Tenía la impresión de que, cuando no estaba luchando por alguna causa, tenía un carácter más bien tranquilo y reflexivo. Y eso le gustaba. Sería un cambio muy agradable con respecto a las mujeres con las que solía salir… que eran todo exigencias y expectativas sobre la relación con él.

–Enseguida nos traerán las bebidas –anunció.

–Señor Aguilar… –comenzó a decir ella.

–Marco –corrigió él suavemente.

La vio apartar la mirada rápidamente y respirar hondo, como si necesitara concentrarse.

–Me preguntaba si ya había tomado una decisión sobre si va a ayudar o no a esos niños.

Marco se tomó unos segundos para ordenar sus pensamientos. No había mentido cuando le había dicho a Grace en su primer encuentro

que ya colaboraba con muchas organizaciones benéficas y entre ellas había varias dedicadas a la infancia. No obstante, no había ninguna que ayudara específicamente a niños huérfanos. Sabía que existía el riesgo de que todo aquello despertase en él los recuerdos de un pasado que no solo se había esforzado en olvidar, también en esconderlo del resto del mundo. Quizá se había desligado inconscientemente de ese tipo de organizaciones humanitarias para no correr el riesgo de que le hicieran preguntas incómodas sobre su pasado.

–Grace, no tengo ninguna duda de que es el tipo de causa que debería respaldar un hombre rico como yo y tampoco tengo ningún problema en hacer un donativo, pero, después de hablar contigo, necesito un poco más de tiempo para pensar bien qué tipo de ayuda estoy dispuesto a ofrecer. Si me dejas la documentación que has traído, la miraré tranquilamente y te llamaré. ¿Te parece bien?

–Por supuesto… y me alegro mucho de que haya decidido ayudarnos. Lo que ocurre…

Cuando se inclinó hacia él, Marco vio en los ojos de Grace que se encontraba ante un conflicto; quizá porque no sabía si presionarlo para que tomara la decisión lo antes posible, algo que iba en contra de su natural impulso hacia la corrección y la amabilidad. Sin embargo para él no sería la primera vez que utilizaba cualquier arma que tuviese a su alcance para lograr lo que deseaba. No habría alcanzado el éxito del que disfrutaba en los negocios si no hubiera sido implacable y despiadado de vez en cuando. La hermosa Grace quería algo de él y él se había dado cuenta de que también quería algo de ella. Tenía que haber una manera de que ambos quedaran satisfechos.

–Es que no quiero abusar más de su amabilidad y hacerle perder más tiempo –dijo ella por fin apresuradamente–. Sé que está muy ocupado.

–¿Tienes prisa por marcharte?

–No, en absoluto, pero…

–¿Sí?

–No quiero ofenderlo, ni traerle a la memoria recuerdos dolorosos, pero me gustaría que se imaginara algo, si me lo permite. ¿Sabe lo que debe ser, además de ser huérfano, sin un padre o una madre que le quiera y le cuide, tener además que vivir en un agujero sucio que no dispone ni de las comodidades más básicas con las que contamos la mayoría de nosotros sin siquiera apreciarlas? No quiero ser insistente, pero quiero que entienda lo importante que es que mejoremos cuanto antes las condiciones en las que viven esos niños y para ello necesitamos ayuda económica. Por eso me gustaría preguntarle si tiene idea de cuánto tiempo le llevará estudiar los detalles del proyecto.

A Marco se le había encogido el corazón porque no le hacía falta

imaginarse lo que era crecer sin un padre ni una madre puesto que lo había vivido en primera persona. En el orfanato en el que se había criado había un cuidador para cada cinco o seis niños. Esa falta de afecto le había dejado un vacío emocional que jamás lo abandonaría. Por más dinero y éxito que tuviera nunca podría dejar de sentirse aislado del resto del mundo, ni de creer que no merecía que nadie lo quisiese.

Pero al menos el edificio en el que había crecido había sido un lugar cómodo y limpio. Le espantaba la idea de que niños inocentes tuvieran que enfrentarse a las terribles condiciones que describía Grace y por eso había decidido extender un generoso cheque para sufragar el nuevo orfanato. Pero no tenía prisa por decírselo a Grace.

–Grace, yo soy un hombre muy compasivo, pero sobre todo soy un hombre de negocios muy meticuloso con cualquier movimiento de dinero que hago. Así que me temo que vas a tener que ser un poco más paciente si quieres que os ayude.

–Es difícil tener paciencia cuando se conoce personalmente a esos niños –replicó murmurando al tiempo que se le sonrojaban ligeramente las mejillas–. Ya ha comprobado que soy quien digo ser y que la organización para la que trabajo es completamente honrada, ¿por qué retrasarlo más, entonces? Le aseguro que podrá ver en qué se ha gastado hasta el último céntimo y recibirá las facturas correspondientes que lo prueben.

–Me alegro, pero, si supieras la cantidad de organizaciones que se ponen en contacto conmigo, quizá comprenderías que me tome mi tiempo para decidir a cuáles quiero ayudar –hizo una pausa para observarla–. Quizá crees que como tengo dinero no debería dudar en donar un poco a las organizaciones benéficas. O quizá piensas que debería sentirme culpable por ser rico. Si es así, debo decirte que he trabajado mucho desde muy joven para conseguir todo lo que tengo porque desde luego no vengo de buena cuna, ni nací con la suerte de mi lado precisamente.

La mujer que tenía enfrente se mordió el labio inferior y clavó la mirada en la mesa que los separaba. Cuando volvió a mirarlo, Marco vio que tenía los ojos brillantes.

–Lo siento mucho. No tenía derecho alguno a sermonearle. A veces me dejo llevar más de la cuenta. Usted ha sido tremendamente amable y hospitalario; me ha dedicado mucho tiempo y me ha ofrecido su ayuda, pero yo se lo he pagado con grosería y arrogancia.

–Sé que no tenías intención de ser grosera, ni arrogante. Lo que sí es cierto es que empiezo a pensar que bajo ese aspecto tan angelical se esconde una verdadera tigresa.

–Solo cuando me enfrento a la injusticia y el dolor.

–Vaya, pues me temo que hay mucho de eso en el mundo, así que

vas a estar muy ocupada. Dime, Grace, ¿ese es el único motivo por el que viniste al Algarve? ¿Solo querías pedirme ayuda para tu organización?

Ella se puso un mechón de pelo detrás de la oreja y respiró hondo antes de responder.

–No. La verdad es que lo de pedirle ayuda se me ocurrió cuando oí por casualidad esa conversación en la cafetería. En realidad vine para tomarme un pequeño descanso del trabajo. Debo reconocer que volví de África agotada y muy afectada por lo que vi allí. Mis padres tienen una casa aquí y me ofrecieron que viniera a descansar.

–¿Entonces estás de vacaciones?

La vio abrir los ojos de par en par, como si a ella también le sorprendiera.

–Supongo que sí. Lo cierto es que no se me da muy bien relajarme. No puedo dejar de pensar en esos niños y de preguntarme qué más puedo hacer para ayudarlos.

–Así que cuando te enteraste de que iba a venir por aquí decidiste intentar hablar conmigo.

–Así es.

Quizá fuera inevitable, pero el caso fue que Marco se sintió conmovido por la inusual sinceridad de aquella mujer.

–Supongo que las ansias por ayudar a esos niños te impulsaron a hacer algo que no habrías hecho en condiciones normales. Me parece que eso denota una bondad excepcional, Grace.

–Lo dice como si fuera algo poco habitual, pero en la organización para la que trabajo hay mucha gente tan comprometida como yo.

En ese momento apareció Inês con la bandeja de las limonadas. El ama de llaves portuguesa sonrió con dulzura cuando Grace le dio las gracias y en ese momento Marco se dio cuenta de que era muy difícil no responder a la amabilidad y la generosidad de aquella joven.

–Creo que ya te dije que tengo la tarde libre y que es algo que no me suele ocurrir –comentó Marco una vez volvieron a quedarse solos–. Estaba pensando que me gustaría pasarla contigo. Podemos ir a comer juntos.

Grace estaba segura de que la mayoría de las mujeres se habrían puesto a dar saltos de alegría si Marco Aguilar las hubiese invitado a comer. Ella no lo hizo. La situación le resultaba demasiado increíble y, además, no se sentía preparada para salir a comer con semejante acompañante. Especialmente después de acabar de ofenderlo y de decirle que tenía que ayudar a su organización quisiera o no.

Era un hombre rico y poderoso. ¿Por qué querría estar con ella más tiempo del estrictamente necesario? Y, si accedía a salir a comer con él, ¿de qué iban a hablar, aparte de sobre los niños africanos?

Antes de marcharse de casa de sus padres, Grace había tenido una

vida sin incidentes. De hecho, siempre había tenido la sensación de no haber vivido realmente hasta que se había independizado del todo. Dios sabía que quería muchísimo a sus padres y que les estaba profundamente agradecida por todo lo que habían hecho por ella, pero la verdad era que había veces que la asfixiaban con su constante empeño por protegerla. Siempre tenían miedo de que tomara una mala decisión e intentaban evitar que cometiera algún error.

Por eso nunca se había atrevido a contarles que había salido con un hombre que la había golpeado y había intentado violarla estando borracho. No le había dado oportunidad de que lo intentara por segunda vez, pero aquella noche le había dejado unas heridas psicológicas que habían tardado mucho en curarse y la habían hecho muy recelosa de los hombres. Desde entonces no había vuelto a salir con nadie porque hasta una simple cita le parecía peligrosa.

–Es muy amable por su parte, pero… ¿no preferiría ir con otra persona?

Su anfitrión meneó la cabeza con sincero asombro, como si le costara creer lo que acababa de oír.

–Ante tan extraña pregunta, solo puedo decirte que quiero salir a comer contigo, Grace. Si no, no te lo habría pedido. Y deja de llamarme de usted, por favor.

–Pero si apenas me conoces… y yo apenas te conozco a ti –apartó la mirada de los inquietantes ojos de Marco y perdió la vista en la enorme extensión verde del jardín. Parecía un enorme océano en el que ella era tan solo una diminuta barquita a la deriva. Así de vulnerable y asustada se sentía.

–¿Y cómo vamos a conocernos si no pasamos un poco de tiempo juntos?

Quizá a modo de señal que la ayudara a tomar una decisión, empezó a rugirle el estómago, dando muestras de un hambre completamente justificado, puesto que los nervios que le había provocado aquella reunión le habían impedido desayunar. ¿Qué mal podía hacerle comer con él? Ahora que lo pensaba, resultaría muy grosero rechazar su invitación después de que él hubiera accedido a ayudar a su organización.

Así pues, esbozó una tenue sonrisa.

–Está bien. Acepto la invitación… gracias.

Marco sonrió también y lo hizo de un modo que le habría derretido el corazón a cualquier mujer.

–Se me ocurre el lugar perfecto al que ir –anunció mientras se sacaba el teléfono del bolsillo.

El terror volvió a apoderarse de ella.

–¿No será un sitio al que hay que ir arreglada? –le preguntó.

Marco la miró a la cara.

–Por eso no tienes que preocuparte estando conmigo, *meu querida*. Además, tu belleza sería suficiente como para que pudieras entrar al local más distinguido, sin importar lo que llevaras puesto –su sonrisa se volvió aún más seductora–. No obstante, la ropa que llevas es perfecta.

–¿Aunque no esté a la altura de tus huéspedes habituales? –respondió con atrevimiento.

–Siento haber dicho lo que dije ayer. No fue propio de un caballero.

–Bueno, ahora que te has disculpado prometo no volver a echártelo en cara.

Mientras él fruncía el ceño, analizando sus palabras, Grace esbozó una sonrisa más provocadora.

El chófer los condujo a un restaurante con vistas al mar. A la puerta del local los esperaba un grupo de empleados que se disculparon ante Marco porque el propietario no estuviera allí para recibirlos, pues ese día se casaba su hija.

Marco intercambió algunas palabras con todos y cada uno de ellos y Grace observó que actuaba como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. Eso le hizo pensar en lo diferente que parecía de la imagen de él que solían ofrecer los medios. No había leído demasiado sobre él, pero sí sabía que la prensa lo describía como una especie de playboy que disfrutaba al máximo de todo lo que conllevaba su enorme fortuna y su estatus social. Pero en ese momento, al sentir su mano en la parte baja de la espalda, la asaltó otro pensamiento. El roce de su mano le había provocado un escalofrío tal que cualquiera habría dicho que le había tocado directamente la piel y no la blusa.

Mientras los conducían a la terraza del restaurante no pudo evitar preguntarse cómo demonios le estaba ocurriendo a ella algo así.

El ambiente era sorprendentemente tranquilo e íntimo para tratarse de un local bastante grande. Un local en el que se levantó cierto revuelo con la aparición del empresario. Era el «efecto Marco», como Grace había dado en llamarlo. Seguramente lo habría provocado aunque no hubiese sido famoso, pues su aspecto habría bastado para llamar la atención de cualquiera.

Sentados ya en la que sin duda era la mejor mesa del restaurante, desde donde tenían unas vistas inmejorables del océano, pidieron las bebidas y echaron un vistazo a la carta, haciendo caso omiso de las miradas furtivas de los demás comensales.

–Espero que te guste el marisco –dijo Marco, arrugando el entrecejo–. Es la especialidad de la casa, pero, si no es así, seguro que pueden prepararte algo que te guste más.

–Me encanta el marisco y el pescado –aseguró Grace, muerta de

hambre–. La verdad es que lo prefiero a la carne. Has elegido el restaurante perfecto.

–Me alegro de contar con tu aprobación.

–No pretendía ser condescendiente. Estoy muy agradecida de que me hayas traído.

–No tienes por qué sentirte agradecida, Grace. Me apetecía estar contigo. Quiero conocerte mejor. Dime… ¿tienes algún novio por ahí?

Al principio pensó que era una broma, pero cuando lo miró y vio lo serio que estaba, supo que no era así.

–He estado muy ocupada para tener novio –intentó disimular la tensión que le provocaba el tema.

–¿Entonces no hay nadie que te lleve a cenar o al cine?

No era solo su aspecto lo que resultaba fascinante; su voz profunda también hacía lo suyo. De hecho, Grace estaba como hipnotizada.

–Tengo buenos amigos, así que, si quiero salir a cenar o al cine, voy con ellos.

Oyó su respiración y se quedó atrapada por la seductora intensidad de sus ojos oscuros.

–¿Y qué hay de esas otras necesidades para las que una mujer podría buscar a un hombre? –le preguntó entonces, casi susurrando.

Capítulo 3

Esas necesidades a las que se refería Marco habían quedado eliminadas de raíz la noche en que el que era su novio en aquel momento, Chris, se había puesto como una furia porque ella no quisiera acostarse con él. Después de acusarla de coquetear con otro en la fiesta a la que habían asistido juntos, Chris la había acorralado contra una pared y le había dado una bofetada. Grace no había tenido tiempo de reaccionar; de pronto se había encontrado tumbada en el suelo con él encima, como si estuviera a punto de tomar por la fuerza lo que ella no quería darle.

El terror la había invadido y paralizado por un momento. Pero entonces se había dicho a sí misma que no podía dejarse llevar por el miedo y le había hablado con voz tranquila. Le había dicho que pensara bien lo que estaba haciendo porque, si continuaba, no tardaría en lamentarlo cuando volviera a estar sobrio. Sus palabras habían surtido efecto y, sin decir nada, Chris se había apartado de ella. Grace se había marchado de allí y no había vuelto a verlo nunca más.

–Esas necesidades no son demasiado importantes para mí –respondió con una mezcla de tristeza y temor en la boca del estómago–. Desde luego son mucho menos importantes que otras cosas.

Marco se apoyó en la mesa y borró cualquier pensamiento de la mente de Grace al apartarle un mechón de pelo de la cara.

–¿Cosas como ayudar a esos huérfanos? –susurró.

Su voz, su mirada y el roce de su mano le aceleraron el corazón y borraron cualquier rastro de tristeza o de temor. Pero en ese momento vio de reojo el destello de un flash y Marco lo vio también.

Su acompañante apartó la mano de su rostro, se puso en pie y cruzó toda la terraza hasta llegar al hombre que había hecho la foto. Sin decir una palabra, le quitó la cámara de las manos y apretó un botón, sin duda el de «borrar», antes de devolvérsela a su sorprendido dueño.

–Si intenta volver a hacerlo, lo demandaré –amenazó en un tono que solo un tonto se habría tomado a la ligera–. Veo que todavía no les han traído la cena. Les aconsejo que avisen al *maître* y se vayan a cenar a otra parte.

Una vez dicho eso, Marco volvió junto a Grace sin molestarse siquiera por mirar si el hombre y su acompañante seguían su consejo. Apenas unos segundos después, la pareja recogió sus cosas y salió de

allí.

–¿Te pasan estas cosas a menudo? –le preguntó Grace.

–Lo bastante para estar aburrido de ello –respondió con cansancio–. Pero no voy a dejar que nos estropee la comida.

Sin embargo sí había conseguido estropear el ambiente que había habido entre ellos hasta que aquel tipo había hecho la tontería de fotografiarlos. Grace se dijo a sí misma que debería sentirse agradecida de que fuera así, pero curiosamente no era eso lo que sentía en absoluto. En la mirada de Marco había aparecido un brillo de inquietud y su postura parecía tensa por mucho que dijera que no iba a permitir que el incidente les estropeara la comida. Lo ocurrido le había permitido atisbar el lado negativo de la fama y le hizo lamentar ligeramente el haberlo abordado el día anterior.

–¿Marco? –él la miró con cautela–. Si prefieres que nos vayamos, podemos vernos mañana. Sé que te he presionado mucho y es cierto que tu ayuda urge, pero todavía voy a quedarme en el Algarve por lo menos una semana y media más.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, Marco había dejado a un lado los compromisos que suponía dirigir un negocio de éxito para poder dedicar toda su atención a disfrutar del momento. Había querido olvidarse de que era un empresario y vivir como un joven despreocupado para disfrutar de la agradable compañía de Grace. Pero aquel tipo tan desconsiderado lo había estropeado todo y le había hecho darse cuenta de que no podía permitirse actuar con despreocupación. Y ahora Grace le preguntaba si prefería dejar su encuentro para otro día.

Una idea que no quería contemplar siquiera. Lo cierto era que le gustaba cómo se sentía con ella y quería más… mucho más.

–No quiero irme a ninguna parte, ni dejar la comida para otro día –y, para recalcar dicha decisión, hizo un gesto para llamar al camarero–. ¿Te parece bien que pida por los dos? –le preguntó a Grace cuando llegó el camarero para tomar nota–. Estoy seguro de que te va a gustar.

–Adelante –respondió ella suavemente, sorprendida de que quisiera quedarse después de todo.

Marco pidió una botella de vino tinto típico de la región, pensando que quizá a su acompañante le fuera bien tomar una copa para relajarse y esperando que pudieran recuperar el ambiente que había reinado unos minutos antes.

–Siento que ese desconsiderado te haya puesto en tensión –comentó cuando se hubo marchado el camarero–. Hay gente que no se da cuenta de que todo el mundo necesita un poco de intimidad.

–Yo también violé dicha intimidad ayer mismo y te confieso que no desearía tener que aguantar ese tipo de cosas todo el tiempo. Me he

dado cuenta del privilegio que supone ser anónimo y poder moverse libremente sin que a nadie le importe.

–Tienes suerte de no necesitar el reconocimiento para sentirte valorada.

Ella lo miró con gesto de incomprensión.

–¿Es que tú lo necesitas? –le preguntó sin rodeos.

Aunque jamás lo confesaría a nadie, lo cierto era que a veces sí necesitaba del reconocimiento de los demás. Era un rasgo muy doloroso de su personalidad, pero quizá también inevitable en un hombre al que su padre había abandonado de niño en un orfanato porque no había sido capaz de cuidarlo solo tras la muerte de su madre.

–¿Te parezco una persona que busque la aprobación de los demás? –le preguntó con un poco más de fuerza de la deseada.

–No lo sé. Acabo de conocerte.

Una vez más, la luminosa mirada azul de Grace lo desconcertó y le hizo pensar que quizá intuyera más sobre él de lo que Marco habría querido.

–Pero supongo que no es fácil moverse en este mundo, especialmente siendo famoso. Debe de ser como interpretar un papel y no poder ser tú mismo realmente, ¿no? La gente cree que lo que te define como persona es tu reputación y tu éxito.

–¿Qué es lo que has oído exactamente sobre mi reputación?

Ella volvió a arrugar el entrecejo, como si le preocupara que le hubiera hecho esa pregunta.

–No leo los periódicos muy a menudo e intento no creerme todo lo que dicen sobre la gente.

–Pero está claro que has oído ciertas cosas sobre mí.

–He oído que nadie puede tener tanto éxito sin ser un poco despiadado… Pero eso es algo que dicen de muchos hombres de negocios, ¿verdad?

–¿Y tú qué crees? ¿Piensas que soy despiadado?

–Ya te he dicho que no creo a pies juntillas todo lo que leo, sino que trato de formar mi propia opinión sobre las personas. No te conozco lo suficiente para saber si eres despiadado o no, pero sí sé que la prensa tiene sus propios objetivos y contar la verdad no siempre es el principal. ¿Ves a lo que me refiero? Todo el mundo interpreta su papel, incluyendo los periodistas. ¿Por qué no bastará con ser como somos? El problema es que la gente tiene miedo a bajar la guardia porque, si lo hicieran, tendrían que mostrarse como son y eso es algo que no se promueve mucho en nuestra cultura.

–En el mundo de los negocios sería un auténtico suicidio bajar la guardia frente a la competencia –declaró Marco después de tomar un sorbo de vino.

Ella se echó la melena a un lado, sin imaginar que eso atraería la mirada de Marco hacia sus hombros y sus brazos. Después le dedicó una sonrisa tan dulce que le dio un vuelco el estómago.

–No si uno está seguro de su capacidad para hacer bien las cosas, al margen de lo que haga la competencia. Tengo la impresión de que es más fácil tener éxito sin estar siempre preocupándose de lo que piensen los demás de uno, porque así se tiene más libertad para hacer lo que se quiera.

Marco soltó una carcajada completamente sincera que provocó la sonrisa de algunos de los presentes.

–No pretendía que sonara gracioso.

Su ingenuidad resultaba tan adorable que Marco sintió un repentino deseo de besarla y borrar de sus labios hasta el último rastro de carmín. Pero empezaba a sospechar que ni siquiera eso bastaría para saciar su deseo.

–No me reía de ti –aseguró él–. Más bien todo lo contrario. No sabes lo gratificante que es oír a alguien decir la verdad para variar. A veces en mi vida profesional me resulta muy difícil saber en quién confiar precisamente por la falta de sinceridad, incluso entre mis colaboradores más cercanos. Quizá deberías dedicarte a los negocios, Grace, e insuflar un poco de autenticidad a este mundo.

–Ahora sí que te burlas de mí –protestó ella, pero no pudo evitar contener una sonrisa–. Me temo que soy la persona menos indicada para ese mundo. No soy lo bastante ambiciosa, ni inteligente. Siempre he querido dedicarme a ayudar a los demás.

–No creo que no seas inteligente. Fuiste a la universidad y se supone que tienes un título.

–¿Y qué? Todo el mundo puede memorizar un montón de información y soltarla como te piden que lo hagas, pero eso no quiere decir que seas inteligente, al menos no con mi manera de entender el mundo.

La llegada de la comida le ofreció a Marco la pausa necesaria para evaluar sus sentimientos porque, cuanto más tiempo pasaba en compañía de aquella sorprendente mujer, más cautivado se sentía por su inteligencia y su belleza sencilla… y más aumentaba el deseo de llevársela a la cama y conocerla más a fondo.

Cuando se hubieron marchado los camareros, Marco levantó su copa y dijo:

–*Saúde* –sonrió–. A tu salud.

–Y a la tuya –respondió ella tímidamente antes de llevarse la copa a los labios.

Grace se quedó sola en la sala mientras Marco iba a ver si Inês

podía prepararles algo de cena para más tarde. Tenía la sensación de estar viviendo el sueño de otra mujer. Había disfrutado de una comida increíble en un restaurante con vistas al mar con el hombre cuya imagen no dejaba de salir en las revistas de estilo del mundo entero. Aunque se pellizcara, le costaba trabajo creerlo. Muchas mujeres pagarían por tener el privilegio de mirar, admirar y escuchar simplemente a Marco Aguilar.

Hacia la mitad de la comida, y quizá por culpa del vino, Grace se había dado cuenta de que empezaba a sentirse muy atraída por él y eso le parecía sencillamente aterrador. Era absurdo. Seguramente no había ni una sola cosa que tuvieran en común.

Al sentarse en una de las cómodas butacas de la sala se le había echado encima todo el cansancio acumulado a lo largo del día. Debería volver a casa porque era evidente que aún no se había recuperado del agotamiento que le había provocado el viaje a África. Tenía que aprovechar las vacaciones para descansar y para eso debería irse inmediatamente.

Intentó levantarse, pero no le respondieron las piernas y lo que acabó haciendo fue recostarse aún más en la butaca. Un segundo después estaba completamente dormida.

–Tranquilo, pequeño, ya estoy aquí. Te prometo que me quedaré abrazándote hasta que te duermas.

Sujetando al bebé con un brazo, se llevó la otra mano a los ojos para secarse las lágrimas. Cada día que visitaba el orfanato y veía las caras de esperanza y tristeza de los niños se le hacía más difícil marcharse. Se había encariñado especialmente con un bebé al que había agarrado por primera vez en brazos unos días antes, después de que su madre muriera de sida. Desde entonces, cada vez que llegaba iba directa a él. Era tan fácil quererlo, eso era lo más desgarrador. Aquel niño merecía tener unos padres que lo quisieran. ¿No habría una pareja en la zona que pudiese adoptarlo? Dios, qué calor hacía. Jamás podría acostumbrarse a aquellas temperaturas.

Al abrir los ojos, Grace se sorprendió de ver que no estaba en África, sino en la elegante mansión de Marco Aguilar. Se incorporó y tuvo que llevarse la mano a la cabeza porque aquel simple movimiento le había hecho marearse. Fue entonces cuando vio un par de ojos marrones que la miraban con preocupación.

–Lo siento –murmuró, avergonzada–. No sé qué me ha pasado… supongo que he bebido demasiado vino.

–Estabas soñando –le dijo Marco en voz baja, poniéndose de cuclillas frente a ella para apartarle un mechón de la cara–. Estabas preocupada. ¿Quieres contarme qué has soñado?

–Creía que estaba en África –intentó sonreír, pero tenía el pulso tan acelerado por su proximidad que más bien le salió una mueca.

–Parecía que estabas consolando a un niño.

–A un bebé –confirmó Grace–. Se llama Azizi, el nombre se lo pusieron los cuidadores del orfanato. Significa «amado».

El nudo que se le hizo en el pecho al oír aquello obligó a Marco a ponerse en pie. No podía negar lo conmovido que estaba por la emoción y el cariño que mostraba por un bebé que ni siquiera era su hijo. Cuánto habría deseado de niño tener cerca a alguien que fuera al menos la mitad de cariñoso con él. Quizá entonces no se habría sentido tan aislado.

Algún día sería una magnífica madre. Marco envidió de pronto al hombre que tuviera hijos con ella.

–Esperemos que su nombre augure cómo va a ser su vida –comentó mientras iba hasta la puerta que conducía a la terraza. Al llegar allí, se dio media vuelta y volvió a mirarla. Tenía el pelo alborotado tras la siesta. Marco tuvo que cruzar los brazos para controlar el deseo que amenazaba con apoderarse de él–. Cuando he entrado aquí y te he visto, pensé que estaba ante la Bella Durmiente–. Debería haberme imaginado que era el príncipe y haberte despertado con un beso.

La vio abrir los ojos de par en par.

–Pero no lo has hecho –susurró.

El deseo se hizo aún más intenso.

–¿Te habría gustado que lo hiciera? –la voz que salió de su boca le sonó extraña e intensa hasta a él.

Grace se puso en pie de un salto y se colocó la ropa y el pelo.

–Debería irme. Me parece que es mejor que no me quede a cenar. Ya te he hecho perder mucho tiempo.

–No puedes irte –respondió Marco de inmediato pues sabía que sin ella la casa le parecería una cárcel asfixiante y lujosa. Grace era algo más que una ráfaga de aire fresco; lo tenía completamente fascinado y no sabía qué hacer con los sentimientos que había desatado en él. Jamás había experimentado una atracción tan intensa hacia una mujer a la que apenas conocía.

–¿Cómo que no puedo irme?

–Inês ya ha empezado a prepararnos la cena.

–Pero si acabamos de volver de la comida –pero al mirar el reloj, meneó la cabeza, sorprendida–. Son más de las siete y hemos salido del restaurante a las cuatro y media. No me digas que he dormido más de dos horas.

–Es obvio que necesitabas descansar. Por aquí no es nada extraño echarse la siesta después de comer.

–Deberías haberme despertado. ¿Qué vas a pensar de mí?

Le sorprendió que pareciera tan preocupada porque la mayoría de las mujeres habrían querido sacar provecho de cualquier oportunidad de estar más tiempo con él. Pero Grace no. Sin pararse a pensarlo,

Marco se acercó a ella, le puso una mano en cada brazo y la miró tratando de desplegar todo el encanto que le atribuían los periodistas. Y en ningún momento se sintió culpable por utilizarlo.

–Habría sido un crimen despertarte. Parecías tan a gusto. Además, mientras te veía dormir me ha dado tiempo a pensar en lo de ayudar a tu organización y me complace decirte que hoy mismo te daré un cheque con el que pagar la construcción del nuevo orfanato. Incluyendo todos los gastos que conlleve.

–¿Desde comprar el terreno y los materiales de construcción hasta la propia construcción?

–Eso es lo que querías, ¿no?

–Sí, pero no esperaba que lo hicieras. ¡Dios mío, es increíble! Me dan ganas de… besarte.

En sus mejillas apareció un intenso rubor y en sus labios, la sonrisa más fascinante que Marco había visto en su vida.

–No seré yo el que proteste –bromeó.

–Pero… ¿has dicho que has estado viéndome dormir? ¿Por qué?

Marco se encogió de hombros.

–Ningún hombre desperdiciaría la oportunidad de admirar tal belleza desplegada ante sus ojos –dedicó un par de segundos más a mirarla fijamente a los ojos antes de apartar las manos de ella y dar un paso atrás, un paso pequeñito. Sintió un hormigueo en las manos simplemente porque la había tocado.

Grace no pudo disimular la sorpresa que le causaron sus palabras, ni tampoco la incomodidad que sentía.

–¿De verdad me vas a dar un cheque? –le preguntó y, cuando él asintió, sonrió de nuevo–. No puedo creerlo. No sabes lo que significa esto para esos niños y para la gente que los cuida.

–Creo que sí lo sé –se aventuró a decir mientras recordaba los largos días que había pasado en el orfanato, ansiando un poco de atención y cariño que nunca recibió. «Al menos ahora puedo hacer algo para que otros niños tengan una infancia mejor»–. ¿Por qué no vamos a mi despacho y lo dejamos todo resuelto antes de la cena?

Marco se dirigió a la puerta con una enigmática sonrisa en los labios, pensando en lo que iba a proponerle a Grace nada más le diera el cheque. Una propuesta muy poco convencional.

Capítulo 4

Quedaba alrededor de una hora para que se ocultara el sol, que se colaba todavía con tal fuerza por el ventanal del despacho que Grace achinó los ojos al entrar. Marco se dio cuenta y se apresuró a apretar un interruptor de la pared para bajar unos elegantes estores de color miel. Después le hizo un gesto para que se sentara en la silla situada frente al enorme escritorio de madera maciza.

–Tengo la sensación de que fueras a hacerme una entrevista de trabajo –dijo ella, sonriendo y sin poder creer aún que Marco fuera a sufragar la construcción del orfanato–. ¿Crees que conseguiría el puesto?

–Yo solo contrato a los mejores. Si eres capaz de hacer frente al desafío y hacer un buen trabajo, entonces tendrías bastantes posibilidades de trabajar en mi empresa.

En sus labios había una ligera sonrisa, pero Grace no pudo evitar ponerse a la defensiva ante la idea de que estuviera cuestionando su capacidad. ¿Acaso pretendía recordarle sutilmente ante quién estaba y que tendría que estarle agradecida porque hubiese accedido siquiera a hablar con ella? Aquel pensamiento la hizo reaccionar de inmediato para decirse a sí misma que Marco Aguilar era una persona exactamente igual que ella, que no era mejor por el mero hecho de ser rico, y si ella estaba allí era porque le había demostrado que el proyecto merecía la pena y era absolutamente fiable. Tenía que liberarse de una vez de aquel complejo de inferioridad.

Le vio sacar la chequera del cajón y se le aceleró el corazón, pero se le aceleró aún más al ver la cantidad que escribió en él.

–¿Tanto? –preguntó, asombrada–. Es más del triple de lo que necesitamos. ¿Por qué has decidido darnos tanto?

Marco por fin bajó la guardia y sonrió abiertamente. Se fijó por vez primera en las arrugas que tenía alrededor de sus profundos ojos castaños, arrugas de sonreír, y volvió a acelerársele el corazón, pero por un motivo completamente distinto.

–Lo que sobre de la construcción del orfanato es para que la organización haga lo que crea más conveniente para ayudar a los niños. Grace, la pasión y dedicación que demuestras ha hecho que me dé cuenta de que había descuidado precisamente a los niños con los que más me identifico.

Cruzó los brazos sobre un pecho fuerte y musculado y apartó la

mirada un instante, como si estuviera luchando contra unos recuerdos que parecían seguir atormentándolo. Grace estaba profundamente conmovida.

–Ese cheque ya es tuyo –anunció él después de unos segundos–. Pero me gustaría añadir algo antes de dar por acabada la transacción.

Grace se quedó paralizada cuando iba a agarrar el cheque.

–¿De qué se trata? ¿Quieres ir a África a ver el orfanato para evaluar personalmente la situación? Seguro que en la organización estarían encantados…

–No, no quiero ir a ver el orfanato –corrigió, aparentemente molesto–. Lo que quiero es llegar a un acuerdo contigo, Grace.

–¿Qué clase de acuerdo?

–Antes has dicho que todavía vas a estar por aquí una semana y media más.

–Sí…

–Hacía mucho tiempo que no tenía ganas de tomarme algún tiempo libre y lo cierto es que me gustaría disfrutar de la compañía de una persona atractiva y agradable. Si accedes a pasar conmigo el resto de tus vacaciones, podría llevarte a los mejores restaurantes de la zona y practicar cualquier actividad de ocio que se te antoje. Por las noches podríamos ir a conciertos; a mí lo que más me gusta es la música clásica, pero estoy abierto a sugerencias –hizo una pausa durante la que clavó aún más la mirada en ella mientras tamborileaba con los dedos en la mesa–. Como es lógico, todos los gastos correrían de mi cuenta. Por las mañanas te enviaría un coche que te traería aquí para que decidiéramos qué hacer. Ah, una cosa más…

Si la sorpresa no la hubiese dejado completamente inmovilizada, se habría pellizcado para comprobar que realmente estaba allí y que no estaba ni alucinando, ni soñando.

–¿Qué?

–He olvidado decir que también podríamos ir de compras. No conozco a ninguna mujer a la que no le vuelva loca ir de tiendas.

–Pues ya la conoces –replicó, ofendida–. No solo no me vuelve loca ir de compras, ni siquiera me gusta demasiado.

Marco la observó con curiosidad.

–¿De verdad esperas que crea que no te gusta la ropa bonita, ni las joyas?

–¿Por qué iba a querer engañarte?

–Quizá crees que es mejor disimular dicho interés, pero no es necesario. Soy rico y estoy acostumbrado a que las mujeres que me acompañan tengan ciertas expectativas. Lo menos que esperan es que les compre ropa y joyas.

–Qué horror.

–¿Por qué? –la expresión de su rostro se había oscurecido.

–Me parece horrible que esas mujeres esperen algo a cambio de estar contigo y no lo hagan simplemente porque les gustas.

–Por suerte a mí no me molesta. Soy muy realista y lo cierto es que yo también espero recibir algo a cambio de dichos regalos.

Lo que estaba dando a entender incomodaba a Grace, pero aun así seguía dándole lástima que Marco tuviese esa clase de relación con las mujeres. El hecho de que sintiese que tenía que pagar por estar con ellas hacía pensar que seguía llevando dentro a ese niño huérfano que necesitaba que lo valorasen, aunque fuese a cambio de algo. Le dieron ganas de demostrarle que no tenía por qué ser así, que merecía algo mejor.

–Sigo pensando que te estás perdiendo algo importante; el que una mujer quiera estar contigo simplemente porque le importas.

–Eres una romántica, Grace –le dijo él a modo de regañina–. Una romántica muy poco realista.

–Si ser realista quiere decir tener que dar algo a cambio de que alguien quiera estar conmigo, prefiero seguir siendo una romántica. No te ofendas por lo que te he dicho… –lo último que deseaba era hacerle daño con su exceso de sinceridad. Ella no conocía el mundo en el que se movía Marco, ni sabía la clase de sacrificios que había tenido que hacer para llegar hasta donde estaba–. Lo que ocurre es que yo con lo que más disfruto es con cosas sencillas como una puesta de sol, una playa desierta, una pradera cubierta de flores o el olor a rosas de un jardín… o la alegría de un niño cuando un adulto le presta atención de verdad.

Marco se incorporó ligeramente en la butaca y la miró con interés.

–Si lo que dices es cierto, eres un espécimen único en este mundo tan consumista.

–No estoy de acuerdo. Que tú no hayas conocido a nadie más como yo no quiere decir que no exista; lo que ocurre es que tú te mueves en un mundo muy elitista en el que puede que la gente sea más materialista. Yo no soy única en absoluto. El placer que dan las joyas o la ropa es algo efímero que acaba por hacer que uno se sienta permanentemente insatisfecho porque siempre se quiere más.

Marco se inclinó hacia ella, acercándose hasta que la fragancia de su colonia llegó a Grace.

–¿Y si comprarte cosas me da placer a mí? –le preguntó en voz baja y seductora.

Grace frunció el ceño.

–Marco… has dicho que querías compañía para pasar tus vacaciones…

–Sí, una compañía agradable y, en tu caso, enormemente bella.

Cualquier otra mujer se habría sentido halagada por semejante cumplido, especialmente viniendo de alguien tan atractivo como

Marco… pero Grace no. Desde lo ocurrido con Chris, se había guardado muy mucho de despertar cualquier interés en los hombres porque no quería que ninguno asumiera que iba a recibir algo a cambio por su parte. Y desde luego no era tan ingenua como para pensar que alguien tan poderoso y admirado como él iba a querer la compañía de una mujer sin esperar recibir algo a cambio, tal y como él mismo había dicho que hacía con otras mujeres.

La idea le provocó una oleada de calor que la invadió por dentro e hizo que se le endurecieran los pezones bajo la blusa. Cruzó los brazos de inmediato para que Marco no se diera cuenta.

–¿Y solo querrías mi compañía? –le preguntó, sonrojada e impaciente por escuchar su respuesta.

¿Y si le decía que no era solo eso lo que esperaba? ¿Podría pasar las vacaciones con él si implicara además algo más íntimo?

Marco apoyó los codos sobre la mesa sin apartar la mirada de ella. No podía ocultar lo mucho que la deseaba; quizá más desde que le había confesado que lo que más le gustaba eran las cosas más sencillas de la vida, especialmente la sonrisa de un niño al que prestaban atención. Sus palabras le habían causado una profunda alegría, una especie de alivio al dolor que había sentido de niño.

–Voy a ser tan sincero como lo estás siendo tú. Sí, quiero algo más que tu compañía. Eres muy distinta a las mujeres que conozco y eso me resulta increíblemente atrayente. Si mientras estamos juntos, tú también te sintieras atraída por mí, sí… me encantaría acostarme contigo.

Se encogió de hombros como si fuera algo perfectamente sencillo. El modo en que se sonrojó Grace al oírlo hizo que se le acelerara el pulso solo con imaginar poder abrazar su cuerpo de delicadas curvas y quizá poder hacerle el amor. Pero de pronto la vio ponerse en pie, empujando la silla hacia atrás.

–¿Y este cheque depende de si acepto tus condiciones?

Marco meneó la cabeza. Aunque fuera la única manera de acostarse con ella, jamás lo haría. Quizá fuera despiadado en los negocios, pero no podría seguir viviendo consigo mismo si intentara coaccionar o chantajear a una mujer como Grace. No quería ser él el que acabara con su hermoso, aunque ingenuo, romanticismo.

–No. El cheque es tuyo pase lo que pase. Te doy mi palabra.

La vio suspirar, aliviada.

–Gracias. Ya que estamos siendo tan sinceros el uno con el otro, debo decirte algo. Verás… para mí el sexo no es algo sencillo… Creo que debes saberlo. Una cosa es ser tu amiga y pasar contigo las vacaciones y otra muy distinta es tener algo más… íntimo.

Marco observó sin decir nada el torbellino de emociones que reflejaba su rostro.

–¿Puedo responderte mañana? –le pidió–. Necesito un poco de tiempo para pensarlo. Además, a pesar de la siesta, sigo estando muy cansada y creo que debería irme a casa ya. Espero que la cocinera no se haya tomado demasiadas molestias con la cena.

Marco se puso en pie y meneó la cabeza. Al menos no había recibido con una negativa inmediata la confesión de que quería acostarse con ella. No le había sorprendido lo que le había dicho sobre el sexo; ya había intuido que era una mujer a la que habría que seducir de un modo sutil y delicado si no quería que desapareciera para siempre.

–No te preocupes por Inês. Lo importante es que tengo tu promesa de volver mañana.

–La tienes y soy una mujer de palabra. Volveré mañana y te daré una respuesta.

–Le pediré a Miguel que te lleve a casa y que vaya a buscarte mañana por la mañana.

–Gracias. Y gracias también por la invitación a comer. Me ha gustado mucho la comida y la compañía –añadió con una tímida sonrisa.

Marco le dio el cheque, que seguía aún en la mesa. Ella lo agarró con otra sonrisa de esas a las que ya era adicto.

–Es cierto que pareces cansada –admitió, haciéndole un gesto para que saliera primero del despacho–. Cuanto antes te vayas a descansar, mejor.

Unos golpes sacaron a Grace de su profundo sueño. Abrió los ojos y miró el reloj que tenía en la mesilla. ¡Dios! Eran más de las diez de la mañana y alguien parecía empeñado en tirar la puerta abajo.

Fue entonces cuando recordó que Marco le había prometido que su chófer pasaría a buscarla por la mañana para llevarla de nuevo a la mansión. Y al recordar el motivo por el que iba a volver allí, el corazón le dio un vuelco. ¿Cómo podía haberlo olvidado, por muy cansada que estuviese?

Se puso la bata de algodón que tenía a los pies de la cama y acudió a abrir.

–*Olà, senhorita* Faulkner.

–Hola, Miguel –lo saludó, tratando de estirar un poco la cortísima bata para que le tapara las piernas–. Lo siento mucho, pero me he quedado dormida. Quizá sería mejor que vinieras a recogerme más tarde, después de comer.

–Me temo que al *senhor* Aguilar no le gustaría que volviera sin usted.

Grace no lo dudaba. Seguramente Marco solo tenía que chasquear

los dedos para que se cumplieran sus deseos, así que, efectivamente, no le gustaría que ella tuviera el atrevimiento de llegar tarde, especialmente después de haber sido tan generoso con su donativo.

–En ese caso, tendrás que pasar y esperar mientras me arreglo –le abrió la puerta, pero el chófer se quedó donde estaba.

–Lo siento, *senhorita*, pero eso no estaría bien. La esperaré en el coche y llamaré al *senhor* Aguilar para explicarle el motivo del retraso.

Grace lo vio alejarse hacia el Mercedes negro que había aparcado frente a la casa y después se metió corriendo al baño para ducharse lo más rápido que pudiera. Mientras el agua le caía encima, no dejaba de pensar en la respuesta que iba a darle a Marco y no tardó en darse cuenta de que no sería fácil rechazar su invitación a compartir las vacaciones con él. El día anterior, cuando había notado que Marco aún no había superado las privaciones emocionales de su niñez, había sentido ganas de conocer mejor a aquel hombre tan enigmático. Y cuando pensaba en el modo en que reaccionaba su cuerpo cuando estaba con él… Quizá, si llegaba a algo más íntimo con él, podría superar el trauma que le había dejado el intento de violación que había sufrido. Quizá les hiciera bien a los dos para dejar atrás definitivamente sus respectivos pasados.

Ya en la majestuosa mansión, Inês le pidió que esperara al señor Aguilar en el jardín mientras atendía una llamada importante. Envuelta en el olor a flores y césped recién cortado, Grace se aseguró a sí misma que era normal estar nerviosa ante la idea de volver a ver a Marco después del día tan increíble que había pasado con él y, sobre todo, ante la perspectiva de hablar con él de las vacaciones.

Mientras daba un sorbo a la limonada que le había servido la amable ama de llaves, se miró el maxivestido rojo y blanco sin mangas que había elegido. No era en absoluto el tipo de ropa que solía llevar, pues estaba más acostumbrada a los vaqueros y las camisetas, y quizá por eso hacía que se sintiera tan femenina.

Cerró los ojos para intentar relajarse y disfrutar de la fragancia del macizo de gardenias blancas que tenía al lado, pero de pronto recordó los olores de los suburbios africanos; las calles de tierra, las montañas de basura y el calor asfixiante que intensificaba todos los olores…

El recuerdo le encogió el estómago y le llenó los ojos de lágrimas por la frustración que le provocaba el que la mayoría de la gente no hiciera nada por mejorar la situación en aquellos lugares.

–Siento mucho haberte hecho esperar, Grace. Veo que Inês te ha traído algo de beber, me alegro porque parece que hoy va a hacer aún más calor que ayer.

No había oído sus pasos, por eso cuando abrió los ojos y lo vio,

ataviado con una camisa blanca con las mangas enrolladas casi hasta los codos y unos chinos de color beis, se le subió el corazón a la garganta y se le quedó la boca seca.

Antes de que pudiera reaccionar y esbozar una sola palabra para saludarlo, él se acercó y le plantó un beso en la comisura de los labios.

–Ah… no me importa esperar –respondió por fin, asombrada por el recibimiento–. Aquí se está de maravilla. Además, he sido yo la que ha llegado tarde.

–Sí, ya me ha explicado Miguel –se sentó frente a ella y se puso las gafas de sol que llevaba en la cabeza.

Ahora no podría adivinar lo que estaba pensando.

Aquel beso había desatado una multitud de reacciones en su cuerpo y había borrado de golpe cualquier duda que tuviese sobre si aceptar su propuesta.

Intentó secarse discretamente las lágrimas que le habían inundado los ojos al pensar en África, pero su anfitrión la miró y frunció el ceño.

–¿Estás bien? Pareces disgustada.

–No, estoy bien.

–No te creo, pero espero que puedas olvidarte de lo que te preocupa para que hoy disfrutes al máximo. Hace un día demasiado bonito para estar triste, ¿no crees?

Marco se preguntó qué la habría puesto triste y esperó que no fuera alguna mala noticia que la obligara a poner fin a sus vacaciones. Al verla allí sentada, con aquel delicioso vestido y el pelo cayéndole sobre los ojos, se le había disparado la excitación con la que se había despertado ya esa mañana ante la perspectiva de volver a verla.

Y el beso que le había dado le había descubierto algo maravilloso. Su piel era aún más suave de lo que había imaginado y también olía increíblemente. Había reconocido la fragancia francesa y pensó que sería buena idea mandarle un frasco de regalo a su casa.

Pero ya no podía esperar un segundo más para hacerle la pregunta que lo había mantenido en vela prácticamente toda la noche.

–Bueno, Grace… confío en que te haya dado tiempo a pensar en mi propuesta. Dime, cuál es tu respuesta.

Capítulo 5

Grace no respondió inmediatamente. Marco sabía que era un hombre impaciente, pero la tensión que sentía en el pecho mientras aguardaba a su contestación era como un hierro que apenas le permitía respirar. Ninguna mujer había rechazado nunca una invitación suya… ¿sería aquella atractiva inglesa la primera?

Por fin levantó la mirada hasta él y esbozó una tímida sonrisa.

–Mi respuesta es… que sí. Debo serte sincera… La razón por la que acepto tu invitación es que… –mientras se mordía el labio inferior, sus mejillas adquirieron un intenso tono rojizo.

–Sigue, por favor –le suplicó Marco.

–Me he dado cuenta de que me siento atraída por ti. Si no fuera así, ni siquiera me lo habría planteado, por muchos alicientes que me ofrecieras. Además, creía que iba a pasar sola todas las vacaciones y ahora tengo alguien con quien disfrutarlas… me siento agradecida.

Ya le había dicho varias veces lo gratificante que le parecía que fuera tan sincera, pero nunca antes había sido tan importante para él. Sabía perfectamente lo que le estaba pidiendo y había aceptado porque se sentía atraída por él. No se había andado con coqueterías y falsas reticencias; había admitido que él le gustaba. Ahora solo tenían que dejar que la naturaleza siguiera su curso. Y Marco no tenía la menor duda de que lo haría.

–Me alegro mucho de que hayas aceptado, Grace. Lo único que tenemos que hacer ahora es pasarlo bien y conocernos mejor –se puso en pie, la agarró de las manos y la levantó también–. Vienes perfectamente vestida para lo que tengo planeado para hoy. Me habían invitado hace tiempo a una fiesta al aire libre que celebra hoy un viejo amigo. En aquel momento le dije que ni siquiera sabía si estaría en Portugal, pero ahora que estoy aquí y te tengo a ti como acompañante… creo que estaría bien ir.

–¿Una fiesta al aire libre?

–Ya sabes… champán, comida rica, música de fondo, seguramente interpretada en directo, conversación agradable… –le dijo sin soltarle las manos y sin dejar de sonreír–. ¿No te parece la mejor manera de empezar nuestras vacaciones juntos?

–Suena todo muy lujoso. Las fiestas al aire libre en las que yo he estado hasta ahora son básicamente las que organizan mis padres con familiares y amigos. Nada de música en directo, aunque sí suele haber

risas y conversación, y niños jugando y corriendo por el césped recién cortado –hizo una mueca y soltó las manos para estirarse el vestido–. Perdona… Hablo demasiado porque estoy nerviosa.

–¿Tanto te intimido? –había conseguido despertar su curiosidad con esa descripción de las fiestas de sus padres y también una ligera envidia hacia esa vida tan normal y aparentemente feliz–. Me gustaría que te relajaras y te comportaras tal como eres conmigo. No quiero que sientas ningún tipo de recelo hacia mí porque entonces te pondrás en guardia y eso es lo último que quiero.

–Nunca había conocido a nadie como tú, Marco –la oyó tomar aire antes de continuar–. Ni tampoco he estado nunca entre ricos y famosos. Voy a intentar no sentirme intimidada por ti y por todo lo demás, pero tengo que reconocer que va a ser todo un reto. Yo vengo de un entorno muy corriente. Todavía no comprendo que quieras pasar tus vacaciones con alguien como yo. Tienes que conocer un montón de mujeres mucho más… adecuadas.

–Si conocieses a esas mujeres tan «adecuadas», ni siquiera me harías esa pregunta.

Marco se cruzó de brazos porque acababa de darse cuenta de que se sentía despojado desde que Grace había retirado sus manos. Ansiaba tenerlas de nuevo entre las suyas y es que, en solo dos días, el roce de su piel se había convertido para él en toda una adicción.

–Tengo que ir a buscar a José, mi guardaespaldas. Siento que tengamos que ir con compañía, pero estoy seguro de que va a haber muchos paparazzi y pueden resultar muy agobiantes, incluso para los que ya sabemos de lo que son capaces de hacer para conseguir una foto. Así que siéntate aquí y disfruta del sol. Yo volveré enseguida.

Bueno… ya lo había hecho. Había aceptado la sorprendente invitación de Marco Aguilar para pasar el resto de las vacaciones con él a sabiendas de que estaba aceptando tener también una aventura.

Solo con pensarlo le temblaban las rodillas, pero se dio cuenta de que no era esa debilidad provocada por el miedo. Más bien al contrario. La sacudió un escalofrío de excitación. A sus veinticinco años no había tenido ningún amante. Había sido ella la que había mantenido a distancia a los hombres desde el incidente con su novio, pero a menudo había deseado saber cómo sería hacer el amor con alguien que la cuidara de verdad. En el fondo deseaba encontrar a un hombre que la amara con todo su corazón, pero quizá, si no se dejaba bloquear por el miedo a que volvieran a hacerle daño, aquella experiencia con Marco podría ser un paso importante para acabar para siempre con las sombras del pasado. Desde luego, eso era lo que ella esperaba.

Todavía no podía creer lo que le estaba pasando. Lo importante ahora era intentar sentirse más segura de sí misma y disfrutar de todo,

incluyendo cualquier situación que pudiera intimidarla, cosas que ocurrirían a menudo en los próximos días por el mero hecho de estar con un hombre tan admirado.

Para afrontar dichas situaciones trataría de recordar que, cuando aquello acabara, que sería muy pronto, volvería a Londres a su vida de siempre. Lo positivo era que volvería al trabajo sabiendo que, gracias a Marco, la organización dispondría de los fondos necesarios para construir el nuevo orfanato. Eso cambiaría profundamente la vida de aquellos niños. En comparación, todo lo demás carecía de importancia.

Se sentó de nuevo en la butaca, cerró los ojos y de pronto resonaron en su mente las palabras de Marco: «Si mientras estamos juntos, tú también te sintieras atraída por mí, sí… me encantaría acostarme contigo». Ya había admitido que se sentía atraída por él; ahora solo tenía que dejar que las cosas fluyeran y ver qué pasaba. Parecía muy fácil, pero Grace sabía que no lo era en absoluto.

Al abrir los ojos posó la mirada en la imponente imagen de su figura alta y atlética caminando hacia la casa con paso firme.

Durante el trayecto en coche hasta la casa de su amigo, Marco iba mostrándole lugares emblemáticos del paisaje portugués. Había en su voz un claro orgullo, pero Grace detectaba algo más, algo que le hacía pensar que le suponía cierto conflicto disfrutar de su bello país y eso la intrigó. Claro que lo cierto era que, cuanto más tiempo pasaba con él, más la intrigaba todo lo relacionado con Marco Aguilar. Cuando se inclinaba sobre ella para señalarle algo interesante por su ventanilla, Grace respiraba hondo para empaparse bien del aroma de su caro perfume y todo en su cuerpo se ponía en tensión, quizá para contener el creciente deseo de tocarlo.

–Ya estamos aquí.

Miguel, al que acompañaba en el asiento del copiloto el corpulento José, llevó el Mercedes hasta unas impresionantes puertas de hierro ante las que había apostados un montón de fotógrafos haciendo guardia con sus sofisticadas cámaras.

–No tienes nada de que preocuparte, *meu querida* –le dijo Marco al notar su tensión–. Con un poco de suerte, harán las fotos y luego nos dejarán en paz. Y, si no es así, José se encargará de que lo hagan.

En sus ojos había algo de picardía que hizo que volvieran a temblarle las rodillas, esa vez de placer.

En cuanto el coche se detuvo frente a las puertas, los fotógrafos se abalanzaron sobre el vehículo. José se había bajado del vehículo y, a pesar de las protestas, gritos e incluso empujones de los paparazzi, no tardó en ahuyentar a los que, literalmente, se habían subido encima

del capó para intentar retratar a Marco y a su acompañante.

Con el corazón en un puño, Grace miró por la ventanilla de cristal tintado en el mismo instante en que se disparaba el flash de una cámara que la dejó ciega durante unos segundos.

José se metió en el coche de nuevo y le dio a Miguel la orden de seguir, pues las puertas ya se estaban abriendo para volver a cerrarse apenas hubiera pasado el coche.

Marco le preguntó a su fiel guardaespaldas si estaba bien.

–Está bien –informó después Marco a Grace, que no había oído la respuesta de José–. Ha hecho frente a cosas mucho peores. Pero vamos a olvidarnos de los periodistas e intentemos pasarlo bien, ¿de acuerdo?

Después de recorrer metros y metros de majestuosos jardines llegaron a una mansión blanca a cuya entrada había aparcados ya multitud de coches de lujo. A Grace se le encogió el estómago ante la idea de tener que codearse con tanta gente rica e importante como Marco. En un momento de inseguridad, se agarró el vestido con fuerza e imploró que alguien acudiera en su ayuda.

Miguel abrió la puerta y le tendió una mano para ayudarla a salir del coche. Al mirarlo y ver la amabilidad que había en sus ojos, supo que el chófer había intuido su agobio y, además de una mano, estaba ofreciéndole su apoyo.

Apenas hubo salido del vehículo, Marco acudió a su lado y la agarró de la mano.

–Grace… esta es la casa de…

–¡Marco!

El grito de aquel hombre hizo que los dos se dieran media vuelta. Hacia ellos se dirigía un tipo fuerte de mediana edad ataviado con un traje azul oscuro y una camisa de seda blanca con el cuello abierto. En su rostro se reflejaba una vida vivida al máximo, quizá con algunos excesos.

Fue en ese momento cuando Grace cayó en la cuenta de quién era. Lincoln Roberts. El famosísimo actor había aparecido en todos los periódicos y revistas un par de años antes al hacerse público que había entrado en una clínica de desintoxicación, como había aparecido también su romance con la jovencísima esposa de otro importante actor. Por eso Marco había estado tan seguro de que aquello estaría lleno de paparazzi.

–Me alegro de que hayas podido venir, amigo mío. Francesca y yo temíamos que no vinieras. ¡Últimamente no hay quien te vea! –el actor abrazó al empresario y le dio unas palmaditas en la espalda.

–Gracias por la invitación. Tienes buen aspecto, Lincoln.

A pesar de sus palabras, Marco parecía algo reservado y no sonreía con verdaderas ganas. Lo que sí hizo fue seguir agarrado a la mano de

Grace en un gesto casi posesivo.

–Me cuido mucho más desde que estoy con Francesca. Por cierto, que vendrá en seguida, estaba empolvándose la nariz. Ya sabes cómo son las mujeres. ¿Quién es esta belleza que te acompaña? –preguntó Lincoln, mirando a Grace con interés, incluso con codicia.

Instintivamente, Grace se acercó un poco más a Marco, buscando su protección. Por muy famoso que fuera, no le gustaba nada aquel tipo.

–Te presento a Grace Faulkner –dijo Marco.

–Bonito nombre para una bonita mujer. Encantado de conocerte, Grace.

–Lo mismo digo, señor Roberts –murmuró ella correctamente, pero apartando la mano que él parecía querer retener.

–Llámame Lincoln, querida. Aquí no nos andamos con ceremonias. Todas las fiestas que organiza Francesca son muy relajadas e informales, ¿verdad, Marco?

–Desde luego.

–Hablando del rey de Roma… Aquí la tenemos. ¿A que está impresionante?

–*Ciao*, Marco. No sabes cuánto me alegro de que hayas podido venir.

Los dos hombres se dieron la vuelta para recibir a una mujer escultural enfundada en un vestido blanco que apenas debía de dejarla respirar. Grace se fijó en el modo en que miraba a Marco, seguramente porque tampoco se esforzó demasiado en disimular su placer al verlo.

–Tan guapo como siempre, por lo que veo. ¿A quién le has roto el corazón últimamente… como me lo rompiste a mí?

Grace esperó la respuesta con un nudo en la garganta.

–Dudo mucho que ningún hombre pueda romperte el corazón, Francesca.

Se quedaron mirando el uno al otro en un instante en el que Grace creyó ver dolor en los bonitos ojos castaños de la italiana, que enseguida reaccionó y se dirigió a ella.

–Grace, esta es Francesca Bellini, nuestra hermosa anfitriona, que se está convirtiendo en un personaje esencial del mundo de la moda. Francesca, permíteme que te presente a Grace Faulkner.

–Grace… encantada de conocerte –le estrechó la mano fugazmente antes de volver a soltarla.

Era obvio que estaba cualquier cosa menos encantada, pensó Grace. Tan obvio como que entre Marco y ella había habido algo y que la modelo habría preferido que no hubiese acabado. La idea no hizo que Grace se sintiese relajada precisamente.

A pesar de lo que había dicho Lincoln, nada en aquella fiesta le parecía relajado ni informal.

Ninguno de los invitados que veía a su alrededor habría

desentonado lo más mínimo en el mismísimo palacio de Buckingham y todo denotaba un lujo y una opulencia que excedían los sueños de cualquier persona corriente, empezando por la música de Vivaldi que estaba interpretando allí mismo un magnífico cuarteto de cuerda.

–Qué música tan bonita –le dijo a la anfitriona con una sonrisa en los labios–. ¿Vamos a escucharla más de cerca, Marco? –se atrevió a proponer.

–Claro.

–Adelante –se apresuró a decir Francesca, pero no antes de que Grace pudiera ver el gesto de celos que había en sus ojos–. Ya nos veremos más tarde, Marco. Ve a disfrutar de la música con la bella Grace.

–Espero que no te haya molestado que haya sugerido venir a escuchar la música –murmuro Grace cuando se encontraban a una distancia prudencial.

Entonces Marco se detuvo en seco y la miró a los ojos fijamente.

–Francesca y yo salimos juntos durante un tiempo hace unos cinco años. Prácticamente no nos vemos nunca, salvo cuando nos encontramos en algún evento social o de negocios. Si has creído que había algo más que eso, quiero que sepas que es una mujer muy ambiciosa, así que debe de estar encantada de estar con alguien como Lincoln. Desde luego el romance no le ha hecho ningún mal a su carrera.

–Es guapísima.

–¿Y?

–Nada. Me resulta un poco extraño que me hayas traído a la fiesta de una exnovia tuya. Sé que entre nosotros no hay nada, pero…

–Ya te he dicho que no hay nada de que preocuparse. ¿Podemos intentar divertirnos?

–Claro.

–Ven aquí.

De pronto la agarró de los brazos y la atrajo hacia sí hasta dejarla pegada a ese cuerpo fuerte y perfecto que Grace no había podido dejar de admirar desde que había llegado a su casa esa mañana.

–Siento la repentina necesidad de hacerte callar –bromeó con una arrebatadora sonrisa en los labios.

Unos labios que plantó sobre los de ella sin darle tiempo a reaccionar siquiera. Aquel besó provocó una cadena de sensaciones en su cuerpo, una de las cuales fue abrir los labios para dejar paso a su erótica lengua. Tuvo que agarrarse a él, poniéndole las manos en las caderas para no perder el equilibrio.

Cuando pensaba que no podría seguir controlando la ardiente respuesta de su cuerpo, Marco le agarró el rostro entre las manos y se apartó de ella con evidente esfuerzo.

–Quería hacerte callar solo para descubrir la dulzura de tus labios, pero me has dejado asombrado con lo que has provocado dentro de mí, Grace.

Lo decía con absoluta sinceridad.

Marco tenía la impresión de que fuera a escapársele el corazón y apenas podía creer la magnitud de la excitación que había despertado en él un simple beso. En aquel momento deseó no haber acudido a la fiesta y haberse quedado en casa, donde podría haber intentado llevársela a la cama.

Por desgracia tuvo que conformarse con pasarle el brazo por la cintura y seguir caminando pegado a ella.

–Será mejor que vayamos a disfrutar de la música.

Después de un buen rato escuchando *Las cuatro estaciones* de Vivaldi el uno al lado del otro, Marco tuvo que alejarse para saludar a un grupo de empresarios que llevaban reclamando su atención casi desde que habían llegado.

Grace le aseguró que no le importaba quedarse sola y lo cierto era que se alegraba de poder quedarse allí, pensando en el increíble beso de Marco. Había sido una auténtica revelación descubrir que podía disfrutar de un beso, y de qué manera lo había disfrutado. Le entraba calor solo de recordarlo.

Estaba abanicándose con la mano cuando se fijó en una niña que tenía al lado y que no dejaba de mirarla.

–¿Cómo te llamas?

–Grace –respondió con una sonrisa–. ¿Y tú?

–Cindy Mae Roberts. He venido con mi papá, es un actor famoso.

Grace sintió lástima por la pequeña, pues no solo era la única niña que había en la fiesta, sino que además era hija de Lincoln.

–¿Tú eres actriz? Si lo eres, no eres famosa.

–No, no soy actriz. Trabajo para una organización que se dedica a ayudar a niños huérfanos.

–¡Qué aburrido!

–¡En absoluto! –Grace sonrió, comprensiva–. A mí me encanta poder ayudar a los niños que no tienen a nadie que los cuide.

El gesto de la niña cambió radicalmente al oír eso.

–¿Entonces a ti te gustan los niños?

–Claro. Mucho.

–A mi papá no le gustan nada. Cree que solo somos una molestia… por lo menos yo. Menos mal que solo tengo que quedarme con él de vez en cuando. Normalmente vivo con mi madre en Nueva York… a ella sí le gustan los niños.

Entonces sí que sintió lástima por ella. Para cualquier niño sería

horrible creer que su padre le consideraba una molestia. Grace se fijó en que tenía una pelota en la mano.

–¿No ha venido ningún otro niño con el que puedas jugar?

–No. Mi padre dijo que conmigo era más que suficiente y Francesca estaba de acuerdo. A ella tampoco le gustan los niños.

Grace respiró hondo para no decir lo que pensaba.

–¿Qué te parece si tú y yo jugamos juntas a la pelota?

–¿De verdad? –preguntó la pequeña, sorprendida.

–Claro. Vamos a buscar un sitio donde no choquemos con los invitados –propuso al tiempo que se quitaba las sandalias para caminar más cómodamente por el césped.

–¡Sí! –exclamó Cindy con sincero entusiasmo y sin dudar en darle la mano para buscar un buen terreno de juego.

Capítulo 6

Marco llevaba un rato buscando a Grace, pero parecía haber desaparecido. Había estado hablando con algunas personas del mundo de los negocios con ideas realmente interesantes y le habían hecho un par de propuestas en las que tendría que pensar a fondo, pero ninguna de esas personas, ni siquiera las de las buenas ideas, había conseguido atrapar su atención como Grace. El hecho de no encontrarla estaba provocándole una desagradable sensación de rabia mezclada con miedo. ¿Dónde se había metido, por Dios? ¿Era mucho pedir que lo esperara junto a los músicos?

Después de preguntarles a varios invitados si habían visto a una rubia muy atractiva con un vestido rojo y blanco y que ellos le dijeran que no, se dirigió a la zona de césped en la que estaban charlando sus dos fieles empleados.

–¿Habéis visto a la señorita Faulkner? –les preguntó.

–Está cerca de esos pinos –Miguel le señaló el lugar con una sonrisa de complicidad–. Está jugando a la pelota con la hija del señor Roberts. Dice que como no hay más niños en la fiesta, la pequeña necesitaba alguien con quien jugar.

A Marco no le sorprendió que Grace se hubiera ofrecido a jugar con la niña, pues parecía tener verdadera debilidad por los niños y sus necesidades. Él ni siquiera sabía que Lincoln tuviera una hija; nunca le había oído hablar de ella, lo cual no decía mucho de él como padre. Pobre niña.

Eso le hizo pensar que no conocía a ninguna otra mujer capaz de olvidarse de pasarlo bien en una fiesta para jugar con una niña, o que renunciara a causar impresión en un evento de aquellas características, lleno de famosos y gente influyente.

–La señorita tiene un corazón de oro –comentó Miguel.

Pero Marco no necesitaba que nadie se lo dijera.

–Eso parece, desde luego –respondió–. Bueno, voy a ir a buscarla. ¿Por qué no vais a tomar algo de beber? Hace mucho calor.

–De acuerdo, jefe.

Encontró a Grace con una rodilla en el suelo y riéndose a carcajadas, mientras la niña gritaba entusiasmada:

–¡He vuelto a ganar! Pensé que irías mejorando, pero la verdad es que esto no se te da nada bien.

–Por eso en el colegio me llamaban Dedos de Mantequilla –

respondió Grace, sin dejar de sonreír.

Tampoco dejó de hacerlo al ver a Marco observándolas. Pero entonces era él el afortunado receptor de su sonrisa.

–¿Lo has pasado bien charlando con tus amigos? –le preguntó.

No se habría sentido más halagado si la mismísima reina de Inglaterra le hubiese prestado atención y tuvo ganas de sonreír como un adolescente, pero hizo un esfuerzo y se limitó a poner un gesto de ironía.

–No estaba «charlando con mis amigos», Grace. No se «charla» con un miembro del comité ejecutivo del Banco de Portugal como si fuera un amiguete al que hace tiempo que no se ve.

–Seguro que no, sobre todo si se da tanta importancia como tú.

La audaz respuesta de Grace tenía cierta gracia. Sin pararse a pensar en lo que hacía, fue hasta ella, la rodeó por la cintura y la puso en pie.

–Mereces un buen castigo por decir eso –le dijo al oído.

La sonrisa desapareció de su rostro, dejado paso a un gesto de temor que Marco no comprendió. Parecía realmente asustada. La soltó inmediatamente.

–Era una broma –le aseguró, con un nudo en la garganta–. ¿Estás bien? ¿Siempre reaccionas así ante una broma inofensiva?

–No –trató de sonreír, pero era evidente que no tenía ninguna gana de hacerlo.

Marco tuvo la impresión de que había estropeado un momento mágico.

–Es que me has pillado desprevenida, eso es todo –explicó.

Tenía el pelo alborotado de jugar con la niña. Sintió la intensa necesidad de apartárselo de la cara y de los hombros para después besarla como lo había hecho antes, solo que esa vez no tendría ninguna prisa por acabar.

–Siento si te he asustado, no era esa mi intención. Venía a decirte que han servido un bufé, así que podríamos ir a comer algo. ¿Vienes?

Marco detestó notar la inseguridad que desprendía su voz, como si dudara de que Grace quisiera ir a alguna parte con él después de haberla asustado. El hecho de que una mujer tuviera tanto poder sobre él, hasta el punto de hacerle dudar de sus dotes de persuasión… era muy peligroso. Además de un hecho sin precedentes.

Por eso fue un alivio verla asentir.

–Claro. La verdad es que, ahora que lo pienso, estoy muerta de hambre. Cindy puede venir con nosotros. Por cierto, Cindy es la hija de Lincoln Roberts, aunque supongo que ya la conocerás.

–No, no tenía el honor –miró con una sonrisa en los labios a la pequeña de ojos verdes, unos ojos que debía de haber heredado de su madre–. Encantado de conocerte, Cindy. Yo me llamo Marco.

–¿Marco Aguilar?

–Sí –respondió, sorprendido por su reacción y porque lo había preguntado como si fuera mucho mayor de lo que parecía.

–Mi padre me dijo que fuera muy educada si hablaba con usted. Dice que es usted muy importante… y muy rico.

Marco esbozó una ligera sonrisa, pero lo cierto era que odiaba comprobar una vez más que lo único que parecía despertar interés en él era su dinero y su éxito profesional; nadie se acercaba a él solo para disfrutar de su compañía. Nunca le había importado pues, tal y como le había dicho a Grace, era una persona muy realista, pero últimamente ni el dinero ni el poder conseguían llenar el vacío que sentía.

–Grace y yo vamos a comer algo, ¿quieres venir con nosotros? –optó por hacer caso omiso al comentario de la niña, puesto que el único responsable de tales palabras era Lincoln, y no ella.

–No, gracias. Me voy a mi habitación un rato. Gracias por jugar conmigo, Grace… aunque no sepas jugar. ¿Estarás bien con el señor Aguilar? –añadió mirando a Marco con gesto de desconfianza.

Marco se volvió hacia Grace con sonrisa sarcástica.

–¿Estarás bien conmigo? –le preguntó, rezando para no volver a ver en sus ojos esa mirada de temor.

–Claro que estaré bien –le aseguró Grace a la pequeña–. El señor Aguilar es amigo mío y confío en él.

Su respuesta provocó una cálida sensación en Marco.

–A veces es un poco arisca, pero en el fondo es muy dulce –comentó Grace después de que se hubieran despedido de Cindy–. En realidad me da la impresión de que lo único que necesita es que su padre le demuestre de vez en cuando que la quiere.

Era triste, pero Marco tenía la impresión de que era muy cierto.

–Parecía que lo estabais pasando muy bien.

–Hace bien recordar lo divertido que es volver a comportarse como un niño. ¿No te parece que los adultos nos tomamos la vida demasiado en serio?

–Probablemente tengas razón. El problema es que no todo el mundo ha tenido la suerte de divertirse de niño –las palabras salieron de su boca antes de que pudiera pararse a analizar lo que iba a decir, pero inmediatamente se sintió incómodo y avergonzado por haber revelado algo que normalmente se esforzaba tanto en ocultar. Notó que le ardían las mejillas.

–Marco, siento si he…

–Vamos a comer algo, ¿de acuerdo? Me parece que tienes que quitarte del sol un rato porque se te ve acalorada después de tanto jugar.

Grace no habría podido decir qué había comido en la fiesta si alguien se lo hubiera preguntado. El bufé era abundante hasta la extravagancia, pero nada de lo que allí había le atrajo lo más mínimo.

Las palabras de Marco sobre su infancia la habían dejado pensativa y llena de preguntas. Era un hombre que parecía tener todo lo que se pudiera desear: fama, dinero, poder. Pero aquellos conmovedores ojos castaños capaces de hacerla derretir le habían permitido adivinar por un instante que también llevaba dentro mucho dolor, un dolor que Grace ansiaba comprender y, quizá incluso, ayudar a mitigar un poco.

Pero tampoco había podido olvidar el miedo que había sentido cuando la había agarrado y le había dicho que merecía un castigo. Su exnovio le había dicho algo parecido aquella noche.

Sabía que Marco lo había dicho en broma, pero aun así había despertado el recuerdo de un incidente aterrador y le había hecho preguntarse si algún día podría compartir algo íntimo con un hombre sin tener miedo. Deseaba poder hacerlo. No, más que eso, tenía intención de conseguirlo.

Grace se sintió aliviada cuando Marco le propuso marcharse de la fiesta. Había puesto todo su empeño en charlar con algunos de los invitados, pero era evidente que entre ella y los demás había una enorme diferencia social y humana. ¿Cómo iba a participar o a interesarse siquiera en una conversación sobre yates, aviones privados y las últimas tendencias de los desfiles de moda de París? Si tenía que ser sincera, le daba lástima que aquellas personas tuviesen una vida tan vacía y que no pudieran pensar en otra cosa que no fuera en tener más y más.

Ya en el coche de regreso hacia la mansión de Marco, se hizo un largo silencio. Quizá, después de comprobar que no encajaba en absoluto con su círculo social, Marco había cambiado de opinión sobre pasar sus vacaciones con ella. Si era así, Grace tendría la sensación de haberlo defraudado.

–¿Marco…?

Sus miradas se encontraron y a los labios del portugués se asomó una sonrisa de complicidad que la hizo estremecer.

–No me digas que empiezas a tener dudas sobre nuestros planes. Sé que la fiesta te ha parecido un aburrimiento y que me equivoqué al pensar que podrías pasarlo bien, pero te prometo que a partir de ahora haremos lo que te apetezca. Solo tienes que proponer algo y yo me encargaré de todo.

Grace lo miró, sorprendida.

–Pensé que… que te habrías hartado de mí –admitió con cierta vergüenza–. Supongo que te has dado cuenta de que estaba completamente fuera de lugar. No tenía nada en común con toda esa gente.

–Y no sabes cuánto me alegro de que así sea, Grace. Pero te equivocas si piensas que no te admiraban. ¿Por qué crees que intentaban a toda costa hablarte de todo lo que tienen? Porque trataban de impresionarte, por eso. Y, seguramente, al ver que no conseguían la reacción que esperaban por tu parte, se sintieran inseguros y celosos.

–¿Celosos de qué?

Marco suspiró y se pasó la mano por el pelo.

–De que seas tal como eres, sencillamente… de tu inocencia. Tú irradias una bondad y una belleza que no se pueden comprar con dinero y eso resulta muy inquietante para las personas que creen tenerlo todo –su mirada se hizo más intensa mientras la observaba–. No me he hartado de ti ni mucho menos, *meu anjo*. Ni muchísimo menos.

El agua estaba increíble después de un día de tanto calor. Con cada largo que nadaba en la maravillosa piscina de la mansión de Marco, Grace sentía cómo se iba despojando de la tensión y recuperaba la paz. Marco no se había hecho de rogar cuando le había dicho que le apetecía darse un baño, pero lo que Grace no se habría atrevido a imaginar era que la villa contase con aquella enorme piscina situada en un lugar apartado del jardín que ella aún no conocía.

Había sido una suerte que se le hubiese ocurrido llevarse el bañador, aunque Marco le había dicho que había bañadores para invitados. Pero Grace se alegraba de llevar el suyo, un bañador de una pieza que se había comprado en las rebajas de primavera de una tienda inglesa muy popular. Era azul, sin demasiado escote, ni por delante ni por detrás. Se sentía segura con él; no lo había comprado para estar guapa y, mucho menos, para llamar la atención.

Marco había tenido que ir a atender una llamada, algo que Grace había agradecido, pues había podido cambiarse tranquilamente y meterse en el agua antes de que él volviera. Después de nadar un buen rato, se quedó flotando boca arriba, con los brazos extendidos.

–Pareces una sirena que acabara de salir del fondo del mar para dejar que los pobres mortales disfrutemos de su belleza y sepamos que la magia existe.

La voz de Marco la sorprendió e hizo que se pusiera en pie con torpeza, salpicando mucho e incluso tragando un poco de agua.

Él se puso de cuclillas junto a la piscina, apoyando los codos en las rodillas y mirándola con gesto relajado y divertido. De pronto Grace se sintió cohibida. ¿Cómo no estarlo ante esa increíble belleza masculina que la observaba?

–Después de eso debo de parecer más bien un perro mojado –replicó

mientras intentaba quitarse los mechones de pelo mojados que se le habían quedado pegados a la cara.

–Nada más lejos de la realidad.

–Ya. Tú, sin embargo, siempre estás perfecto. Hasta la chica más segura de sí misma se sentiría incómoda.

–¿Te parece que estoy perfecto?

De pronto lo vio ponerse en pie, quitarse los zapatos y tirarse al agua completamente vestido. Fue nadando hasta ella y consiguió hacerla derretir del todo al detenerse ante ella y lanzarle la sonrisa más sexy que había visto en su vida.

–Estás loco –murmuró Grace.

–Es posible. Pero solo cuando estoy contigo.

Cuando sintió sus manos en las caderas, Grace estaba ya ardiendo de deseo y cuando la besó, también ella se volvió un poco loca…

Capítulo 7

Mientras sus manos recorrían el cuerpo de Grace bajo el agua, a Marco no le preocupaba lo más mínimo haberse dejado llevar por la locura de ese modo tan poco habitual en él. Lo único que sabía era que la idea de estar lejos de aquella mujer le resultaba absolutamente inconcebible.

Besarla era la experiencia más placentera que había tenido en toda su vida. Su boca habría podido hacerle olvidar hasta quién era. Cuando estaba con ella y era testigo de su bondad, Marco se sentía mejor persona. En lugar de hacerle seguir caminando por aguas turbulentas y llenas de tiburones como llevaba haciendo toda la vida para superar sus humildes orígenes, el destino le había regalado aquella sirena de cabello rubio que le había recordado otras necesidades humanas igualmente importantes. Necesidades como la de estar en compañía de una mujer a la que admiraba de verdad. Pero su bondad y su inteligencia le parecían aún más increíbles desde que había descubierto también lo mucho que la deseaba.

Se apartó de ella solo unos centímetros, lo justo para bajarle los tirantes del bañador y dejar a la vista sus pechos. El río de lava que corría ya por su interior le impidió resistirse a la tentación de llevarse a la boca uno de sus pezones mientras acariciaba el otro con la mano. El corazón le dio un vuelco al oír el gemido que salió de su boca y sentir que sumergía los dedos en su cabello para que no se moviera de donde estaba.

Unos segundos después, cuando creía que estaba a punto de explotar por las ansias de estar dentro de ella, levantó la cabeza y volvió a apoderarse de su boca. Pero de pronto notó que su cuerpo se ponía en tensión y sintió una reticencia que no esperaba. Al mirarla no vio en sus ojos el temor que había aparecido en la fiesta, cuando la había agarrado por la cintura, pero era evidente que tampoco se sentía cómoda.

–¿Qué ocurre? –le levantó la cara para que lo mirara.

–Nada… Pero necesito que vayamos más despacio.

Marco maldijo para sus adentros. Había sido culpa suya, pero se veía incapaz de controlar el deseo que sentía por ella.

Fue entonces cuando vio que tenía los ojos llenos de lágrimas de miedo y supo que algún hombre la había tratado mal, quizá incluso físicamente. Le secó con el dedo una lágrima que le caía por la mejilla

y deseó encontrarse algún día con el sinvergüenza que se había atrevido a hacer daño a un ser tan dulce.

–Tranquila, ángel mío –le susurró–. Jamás se me ocurriría obligarte a hacer nada que no deseases. Te lo prometo. Entiendo que alguien te hizo daño, ¿verdad? ¿Quieres contármelo?

Al mirar a Marco y ver la compasión que había en sus ojos supo con absoluta certeza que no era el tipo de hombre que abusaría de una mujer… no como había intentado hacer el borracho de su exnovio.

Era justo darle una explicación. No había pretendido que dejara de besarla apasionadamente, puesto que ella estaba tan excitada como él, pero al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, se había agobiado. No tenía miedo de que la maltratara, pero le costaba mucho creer que un hombre pudiera ser tierno con ella, con sus deseos y con su cuerpo.

Tomó aire y volvió a soltarlo lentamente.

–Mi exnovio intentó violarme.

La compasión de Marco dejó paso a una furia que también se reflejó en sus ojos y en la maldición que salió de sus labios.

–¿Lo denunciaste?

–Estaba borracho, más de lo que yo creía y… no, no lo denuncié.

–¿Cuándo ocurrió?

–Hace casi dos años.

–¿Y no has estado con ningún otro hombre desde entonces?

–No –admitió, ruborizada.

Marco le acarició la mejilla tiernamente.

–Grace, eres joven y hermosa. No dejes que el comportamiento de un animal insensible te impida mantener una relación plena porque estás en tu derecho de tenerla y poder disfrutar de ella.

Grace asintió, maravillada por su ternura, su comprensión y por el esfuerzo que estaba haciendo por consolarla, en lugar de ofenderse y pensar que lo había provocado, como habrían hecho algunos hombres.

–Estoy intentando olvidar lo que ocurrió, pero no es fácil.

Marco guardó silencio durante unos segundos.

–Lo entiendo –dijo por fin–. Me cuesta tener paciencia porque me siento muy atraído por ti, pero prometo que aprenderé a tenerla. Sé que merecerá la pena esperar.

Grace sintió que el hechizo en el que parecía haberla envuelto Marco era cada vez más intenso y profundo, como una tela de araña de la que sería muy difícil deshacerse.

–A lo mejor podríamos… intentarlo más tarde –le sugirió tímidamente, pues su caballerosidad y dulzura no había hecho más que aumentar el deseo que sentía por él.

Marco asintió suavemente antes de acercarse a ella y sorprenderla con un beso increíblemente erótico.

–Sí que podríamos intentarlo, sí –murmuró al separarse de ella–.

Ahora necesito quitarme esta ropa y secarme. Va a venir mi secretaria a traerme el correo y a ponerme al día en un par de asuntos. No creo que tardemos mucho. Mientras, puedes cambiarte en la caseta blanca que hay ahí detrás de esos árboles –le señaló un tejado blanco que se veía entre los pinos–. Allí encontrarás todo lo que necesites, incluyendo una ducha. Después puedes esperarme en la sala de estar tomando algo. Pase lo que pase, te prometo que esta noche lo pasaremos bien.

Dicho eso, Marco se salió del agua y, sin mirarla, se desnudó y se secó bien con una toalla que después se puso a la cintura para alejarse de allí rumbo a la casa.

Grace supo que la imagen de su cuerpo desnudo, bronceado y perfecto le quedaría para siempre grabada en la memoria, igual que el recuerdo del placer que le había hecho sentir su boca en el pecho.

Cuando salió de la caseta, de nuevo vestida, peinada y ligeramente maquillada, el sol estaba a punto de ocultarse en el horizonte y tuvo que detenerse a contemplar tan increíble espectáculo de la naturaleza. Habría querido que Marco estuviese a su lado para disfrutar juntos de tanta belleza y el hecho de que no estuviera le hizo sentir un extraño vacío.

Una vez se hubo ocultado el astro rey y el color naranja de su luz se hubo disipado en el cielo, Grace echó a andar hacia la casa, preguntándose cómo sería la secretaria de Marco y esperando que no lo entretuviera mucho tiempo.

Se encontraba en el pasillo que conducía a la sala de estar cuando oyó que Inês abría la puerta principal e invitaba a entrar a la secretaria. Le sorprendió oír que tenía acento inglés. La mujer saludó al ama de llaves con cariño. Parecía una persona culta y amable. Grace sintió que se le deshacía el nudo de nerviosismo que se le había formado en la boca del estómago. Después de estar con tantos esnobs en la fiesta de Francesca Bellini, era agradable saber que la secretaria de Marco no hablaba en ese tono de superioridad tan odioso.

La curiosidad por poner cara a tan bonita voz la llevó a dar marcha atrás por el pasillo y, al asomar la cabeza, vio una atractiva mujer de mediana edad con el pelo castaño y ondulado por encima de los hombros. Vestía un traje gris elegante, pero sencillo.

Seguía hablando y sonriendo a Inês cuando se percató de su presencia. La sorpresa inicial se convirtió de nuevo en sorpresa cuando, rodeando al ama de llaves, se dirigió hacia Grace y le tendió una mano.

–Tú debes de ser Grace. Tenía muchas ganas de conocerte. Soy Martine, la secretaria de Marco.

Le estrechó la mano con la misma calidez con la que se había presentado.

–Encantada de conocerte, Martine. ¿Has tenido que conducir mucho para venir hasta aquí?

La secretaria se echó a reír.

–¡No! Estoy alojada en uno de los hoteles del jefe, a un par de kilómetros de aquí. Esté donde esté, a Marco siempre le gusta tenerme cerca. Ese hombre siempre está trabajando, así que yo también. Claro que ahora que me ha dicho que se va a tomar unas pequeñas vacaciones después de la reunión, por fin voy a poder tomarme unos días libres también yo. Voy a ir a Londres, a mi casita, donde apenas paso tiempo. ¡Estoy impaciente!

–Yo también soy de Londres.

–Lo sé. Me lo dijo Marco. También me ha dicho que has estado varias veces en África, ayudando a niños huérfanos.

–Así es. Trabajo para una organización humanitaria que se dedica a eso.

–Es admirable, Grace. No hay muchas mujeres jóvenes y guapas que elijan un trabajo tan maravilloso, pero tan poco lujoso… lo cual es una lástima, por cierto.

–Para mí fue una elección muy sencilla. El amor de esos niños es incondicional, a pesar de encontrarse en las peores circunstancias del mundo.

–Bueno, ahora que te conozco entiendo que Marco haya decidido tomarse unas vacaciones. Te estoy muy agradecida. ¿Sabes que no se toma un descanso prácticamente nunca?

Grace seguía sonriendo a Martine cuando se abrieron las puertas dobles del vestíbulo y apareció Marco, que puso cara de sorpresa y socarronería al ver que estaba charlando con su secretaria.

–Martine. No sabía que habías llegado. ¿Qué tal estás? ¿Te cuidan bien en el hotel?

–Hola, Marco. Estoy muy bien, gracias. Estaba presentándome a tu encantadora amiga.

Apenas le lanzó una fugaz mirada, pero para Grace fue como si la rozara un cable de alto voltaje.

–Muy bien –respondió antes de abrir un poco más una de las puertas–. ¿Por qué no pasas a mi despacho y te pones cómoda? Inês, ¿podrías traernos café?

–Claro, *senhor*.

En cuanto el ama de llaves se dio media vuelta para marcharse y Martine se metió en el despacho después de despedirse de ella, Marco se acercó a Grace. En ese momento Grace pensó que tenía más aspecto de estrella de Hollywood de lo que jamás podría alcanzar Lincoln Roberts; tenía esa elegancia natural y ese atractivo sexual que hacía que le temblaran las piernas solo con tenerlo cerca.

–¿Has encontrado todo lo que necesitabas en la cabaña de la

piscina? –le preguntó mientras le levantaba la barbilla para que lo mirara.

–¡Esa caseta está mejor equipada que una suite del Ritz! Claro que yo no sé cómo son las habitaciones del Ritz –se apresuró a añadir.

Marco se echó a reír.

–Algún día te llevaré, si tú quieres.

–No pretendía sugerir que…

–Lo sé. Pero podríamos imaginarnos yendo juntos, ¿no?

–Prefiero dejar que te reúnas con Martine. Parece encantadora, por cierto.

–Lo es. Y también es muy eficiente. Ya te dije que solo contrato a los mejores –añadió clavando la mirada en los ojos de Grace.

Ella no pudo parpadear siquiera, impaciente por volver a estar a solas con él.

Marco bajó la voz.

–No te vayas muy lejos. No tardaré.

Grace salió directamente a la terraza de la sala y allí rezó para que, efectivamente, Marco no tardara en reunirse con ella. Estaba más tranquila ahora que conocía a Martine y que la amable secretaria le había dicho que no era habitual que su jefe se tomase vacaciones; lo que daba a entender que esa vez lo estaba haciendo por influencia de Grace.

Respiró hondo y trató de concentrarse en disfrutar de las vistas que ofrecía la terraza. El frescor de la brisa le provocó un escalofrío. No tenía nada con lo que abrigarse, pues, al salir de casa esa mañana, no se le habría ocurrido ni imaginar siquiera que fuera a estar fuera hasta tan tarde.

Miró al interior de la sala y de pronto la asaltó la duda. ¿Qué estaba haciendo? Debería irse a casa. Marco podía tardar horas en volver de la reunión y quizá después siguiese pensando en el trabajo y ya no le apeteciese pasar la velada con ella.

Entonces recordó la expresión de su rostro cuando le había dicho que no tardaría y pensó que probablemente se estaba preocupando sin motivo. Trató de pensar en otra cosa, pero su mente parecía empeñada en volver una y otra vez a Marco.

Sabía que el mundo lo veía como una persona privilegiada que no tenía las mismas necesidades que el resto de los mortales, necesidades como descansar del trabajo de vez en cuando o contar con el apoyo de familiares y amigos que lo quisieran. Las pocas veces que había bajado la guardia sin darse cuenta y había hecho algún comentario sobre su infancia, Grace había visto en sus ojos tanto dolor y tanta soledad que se le encogía el estómago.

–*Senhorita?* –la voz de Inês la sacó de su ensimismamiento–. El *senhor* Aguilar me ha pedido que le diga que ya no tardará mucho y que les he servido algo de comer en el patio interior. Si quiere, la acompaño para que lo espere allí.

Grace siguió al ama de llaves sin imaginar las delicias que la esperaban en aquel maravilloso patio situado en el centro de la casa. El perímetro del espacioso patio estaba adornado con varios limoneros, en un rincón había una mesa de hierro forjado con la comida que les había preparado Inês, además de una botella de vino y dos copas. La iluminación la proporcionaban unos farolillos con velas repartidos por distintos lugares alrededor de la mesa. Allí no había viento y el silencio solo se veía interrumpido por el canto de los grillos.

Grace se volvió a mirar al ama de llaves con una enorme sonrisa.

–Esto es precioso. *Obrigado*… Gracias, muchas gracias.

La mujer sonrió también.

–Que lo disfrute –dijo antes de marcharse.

Pero no era lo mismo estar allí sola y Grace no tardó en darse cuenta de que no podría disfrutar de todo aquello con la tensión que sentía por el hecho de que Marco estuviese tardando tanto. Los minutos pasaban y seguía sin aparecer, así que llegó a la conclusión de que debía de haber ocurrido algo.

Quizá Martine le había dado malas noticias.

Acababa de decidir que no podía seguir allí esperando y que iría a buscarlo cuando apareció en la puerta, bajo el arco de buganvilla morada que recorría el marco.

Grace adivinó en su rostro cierto cansancio y tensión y, sin pensarlo un instante, fue hasta él y le agarró la mano. Los ojos se le llenaron de sorpresa y, cuando la sorpresa se convirtió en placer, a ella se le aceleró el pulso, y no precisamente de preocupación.

No le soltó la mano, sino que aprovechó para tirar de ella hacia sí. Grace se vio invadida por la alegría de volver a estar cerca de él, de sumergirse en el aroma de su perfume y de poder disfrutar del roce de su piel, algo que ansiaba más de lo que habría creído posible.

–Estaba preocupada –admitió.

–¿Por mí? –parecía asombrado–. ¿Por qué?

–Por si Martine te había dado malas noticias o… habías tenido que volver al trabajo por algún motivo y al final no podía verte esta noche. Me habría molestado mucho porque es evidente que trabajas demasiado y que necesitas descansar.

Para sorpresa de Grace, Marco se echó a reír.

–No he recibido malas noticias, ni tengo que volver al trabajo. ¿Es por eso por lo que has aparecido de repente en mi vida, Grace? ¿Para que no trabaje más de la cuenta?

–A veces no debería decir lo que pienso, lo siento.

–No te disculpes jamás por ser sincera. Créeme, es mucho mejor que mentir. Ahora quiero que me digas algo con la misma sinceridad. Dijiste que habías vuelto agotada de África y esta mañana te quedaste dormida. ¿Te encuentras mejor? Si necesitas que te vea un médico, puedo hacer que venga alguien esta misma noche.

–Estoy bien, de verdad. Y no necesito que me vea ningún médico, pero muchas gracias por preguntármelo.

–Bueno, pues si estamos los dos tan bien, ¿qué te parece si nos relajamos y disfrutamos de la noche? –hizo una pausa y enarcó una ceja–. No recuerdo la última vez que alguien se preocupó por mí.

Lo dijo como si no tuviera la menor importancia, pero una vez más lo delataron sus ojos. Fue entonces cuando Grace supo que no podría, ni quería, negarle nada.

–Si es así –comenzó a decir al tiempo que le soltaba la mano para después atreverse a acariciarle lentamente los labios en un movimiento tan atrevido que no era propio de ella–, es que tus amigos no saben lo especial que eres.

–Si sigues diciéndome esas cosas… y tocándome así, no voy a poder cumplir la promesa de tener paciencia –confesó con la voz ronca.

–Entonces no lo hagas –respondió, mirándolo a los ojos fijamente porque no podía ocultar su deseo de entregarse a él y dejar que le hiciera el amor. Era como un río desbordado e imposible de controlar.

–¿Qué?

–No quiero que cumplas la promesa. No quiero que tengas paciencia. ¿Te acuerdas que antes te he dicho que podríamos volver a intentarlo?

De los labios de Marco salieron unas palabras en portugués que ella no entendió, pero sí entendió el significado del beso que le dio a continuación. Fue un beso apasionado, ardiente y primitivo.

En ese momento no le importó la brusquedad porque nunca había deseado a ningún hombre de aquel modo y era halagador que también él la deseara con tanta pasión. En su cuerpo no había ya ni rastro de temor, ni de culpa, solo gratitud y alegría por poder entregarse libremente al placer.

Lo que sentía por él era tan intenso que sabía que cuando aquella aventura fugaz llegase a su fin, no podría sentirse atraída por ningún otro hombre.

Entonces dejó de besarla y se apartó de su rostro solo unos milímetros, lo justo para mirarla a los ojos.

–¿Me estás diciendo que me dejas que te lleve a la cama?

–¿Ahora? –había en su mirada un fuego por el que Grace ansiaba dejarse consumir.

–*Meu Deus!* Sí, ahora mismo… antes de que me vuelva

completamente loco.

La agarró por la cintura y se la llevó de allí como si, efectivamente, no pudiera esperar más.

Capítulo 8

Con el corazón a punto de escapársele del pecho, Marco llevó a Grace hasta el dormitorio. Las puertas del balcón estaban abiertas y se sentía en la habitación la fragancia fresca del jardín y una brisa que hacía bailar las cortinas blancas.

Su deseo no había disminuido, pero se obligó a sí mismo a recordar que había prometido seducirla con sutileza y no apresurarse. Y más aún sabiendo que un desalmado había intentado violarla. Pero en el momento en que lo miró con aquellos enormes ojos azules y descubrió en ellos el mismo deseo, no pudo pensar en otra cosa que en hacerle el amor hasta el amanecer.

–Por fin estamos solos –le susurró–. Olvidemos el resto del mundo por un momento y vamos a concentrarnos únicamente el uno en el otro… ¿de acuerdo?

–Sí… sí.

La vio estremecerse al empezar a desabrocharle los botones del vestido. También a él le temblaban los dedos y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por mantener la calma, especialmente al verla en ropa interior. Si el recatadísimo bañador había logrado disimular un poco la sensualidad de su cuerpo, el conjunto de encaje rosa de braguita y sujetador sin tirantes a juego hacía justo todo lo contrario. Tenía un cuerpo exquisito; delgado, pero con generosas curvas, y su piel pálida y suave parecía invitar a acariciarla.

–Estaba en lo cierto –murmuró mientras le pasaba la mano desde el cuello hasta el ombligo.

–¿Sobre qué?

–Que bajo ese disfraz de la chica corriente que dices ser, se esconde el cuerpo fascinante e hipnótico de una tigresa.

Sus palabras provocaron en ella un delicioso rubor.

–No es cierto.

–Claro que lo es –insistió él, riéndose suavemente–. Tu lencería es muy seductora, pero me temo que tengo que despojarte de ella para hacer lo que me propongo.

–¿Y qué es lo que te propones?

–Hacerte el amor hasta el amanecer.

Ella apartó la mirada con timidez, mordiéndose el labio inferior, pero lo que dijo a continuación no denotaba timidez alguna:

–Esa cama está todavía muy lejos.

Marco sonrió encantado antes de levantarla del suelo y llevarla en brazos hasta la enorme cama.

Lo que estaba ocurriendo excedía a cualquier cosa que Grace hubiese podido imaginar, o incluso soñar. Se encontraba en el dormitorio principal de una mansión increíble junto a un hombre increíble que estaba a punto de convertirse en su amante. Mientras lo veía desnudarse, ya tumbada en la cama, Grace no podía dejar de temblar de emoción e impaciencia. Observó la belleza de su cuerpo con el deleite y la admiración de quien se encontraba ante una obra de arte y, al levantar la vista hasta su rostro, se dejó sumergir en las profundidades de aquellos ojos oscuros capaces de hacerla derretir sin el menor esfuerzo.

–Ven y bésame –le ordenó Marco con la voz empapada de deseo.

Y ella, completamente hipnotizada, obedeció. Marco la estrechó en sus brazos y la liberó del sujetador antes de volver a besarla y tumbarla lentamente.

–No es tu primera vez, ¿verdad? –le preguntó entonces, observando su reacción a la pregunta.

–No –respondió ella, nerviosa–. Pero solo he estado una vez con un hombre.

Prefirió no recordar la humillante experiencia de entregarse a su novio de la universidad y que después él la abandonara al día siguiente porque había otra chica que le gustaba más. Así pues, el sexo para ella había sido un cúmulo de experiencias negativas. Pero nunca había sentido nada parecido a lo que sentía por Marco y por eso sabía instintivamente que esa vez iba a ser diferente. Hacer el amor con él iba a ser maravilloso.

Sin decir nada más, Marco bajó las manos para despojarla también de las braguitas y luego recorrió también su cuerpo con los labios hasta llegar a la cara interna de los muslos. Grace cerró los ojos y se dejó llevar por una sensación completamente desconocida.

Marco exploró íntimamente su cuerpo con la lengua, borrando cualquier pensamiento de su mente y llenándolo todo de placer. Grace se rindió a dicho placer, a la reacción natural de su cuerpo y entonces fue como si se derritiera por dentro, como si la recorriera un río de lava que dejaba a su paso miles de escalofríos. De sus labios salió un grito ahogado de éxtasis.

Marco murmuró algo que no entendió, pero al abrir los ojos, se encontró con su rostro delante de los ojos, observándola con una sonrisa en los labios.

–Ha sido increíble –le dijo, acariciándole la mejilla.

Él giró la cara para besar la mano que lo acariciaba.

–También para mí. Te estás convirtiendo en una especie de adicción, Grace. Estoy enganchado a tu olor, a tus caricias y me temo

que siempre voy a querer más.

Grace levantó las piernas y lo rodeó con ellas de manera instintiva. Él recibió el gesto con una mirada de agradecimiento justo antes de zambullirse en su interior. Se quedó inmóvil unos segundos para que su cuerpo se acostumbrara a él mientras la miraba a los ojos fijamente y parecía tan asombrado como ella. Cuando comenzó a moverse, Grace buscó sus labios con un ardor que jamás había sentido, que ni siquiera se habría sentido capaz de albergar. Era todo un descubrimiento.

Su amante la llevó en pocos minutos a un lugar parecido al que la había llevado antes y se dejó arrastrar sin ningún tipo de restricción. Hundió la cara en su cuello y, con las lágrimas cayéndole por las mejillas, sintió que volaba. Marco le agarró la cara con las dos manos y la besó en el mismo instante en que también él se liberaba.

Marco tardó unos segundos en darse cuenta de lo que había hecho. ¿Acaso había perdido la cabeza? Acababa de hacerle el amor a Grace sin pensar siquiera en ponerse protección. Las ansias de hacerla suya habían sido tan arrolladoras que no había podido pensar en nada más.

–¿Marco? ¿Estás bien?

–Sí –consiguió decir ante la evidente preocupación de Grace–. Más que bien después de lo que acabo de sentir. Pero también debo reconocer que he sido un inconsciente. Debería haber usado protección, pero estaba tan entusiasmado con lo que estaba ocurriendo, que no me he dado cuenta. No sé qué decirte, Grace, solo que lo siento mucho.

–La culpa también es mía, Marco. Me he dejado llevar tanto como tú. Puedes estar tranquilo que, si ocurre algo, no te reclamaré ningún dinero ante un juez.

Lo dijo con tal seriedad que Marco tardó unos segundos en estar seguro de que estaba bromeando. Durante esos segundos, había vuelto a invadirle la sensación de que lo único que le interesaba de él a todo el mundo era su dinero.

–No bromees con eso –gruñó–. En serio, si te quedaras embarazada, quiero que sepas que puedes contar con mi ayuda en todo y no tendrías que llevarme ante un juez… A partir de ahora tendré más cuidado cuando hagamos el amor.

Grace se incorporó para mirarlo y Marco pudo ver que había dejado atrás las bromas.

–No me estoy tomando a la ligera la posibilidad de que me haya quedado embarazada. Sé que tener un hijo es algo que me cambiaría la vida, además de una enorme responsabilidad. Pero lo hecho, hecho está y lo único que podemos hacer ahora es esperar. ¿Te parece muy egoísta que disfrutemos del momento? Los dos trabajamos mucho y somos dos personas muy responsables, creo que nos merecemos

relajarnos un poco y no preocuparnos para nada. Hemos decidido que vamos a pasar las vacaciones juntos y luego seguiremos cada uno con nuestra vida. Por cómo has reaccionado a mi broma, deduzco que te ha engañado más de una mujer, pero conmigo no tienes por qué preocuparte. Te estoy muy agradecida por lo que has hecho por esos niños africanos, pero no quiero absolutamente nada para mí… excepto tu compañía, al menos hasta que acaben las vacaciones. Después volveré a Londres y no volverás a saber nada de mí si no quieres.

El miedo le heló la sangre. Le enfurecía la idea de que pudiera volver a su vida de siempre tan fácilmente como si nada hubiera sucedido.

–Pero ¿y si de verdad te has quedado embarazada? –le preguntó, agarrándole la muñeca–. ¿Tampoco sabré nada de ti?

Grace apartó la mano y lo miró con gesto herido durante un momento. Después se tumbó a su lado en la cama y respiró hondo. Marco se sintió afortunado de estar ante tanta belleza.

–No, Marco. Si resultara que estoy embarazada, te lo diría. Pero permíteme que te pregunte algo… ¿tú quieres tener hijos?

Era la pregunta más difícil que le habían hecho nunca. La idea de ser padre era algo que le asustaba profundamente, pero que también le hacía albergar muchas esperanzas.

–No tengo ningún modelo que seguir, ni sé bien todo lo que conlleva ser padre –reconoció con voz grave y con repentina tristeza–. ¿Y tú? ¿Albergas el deseo de ser madre?

–Quizá algún día, pero no todavía. Antes quiero dedicar toda mi energía a ayudar a otros niños. Pero… estamos preocupándonos por algo que seguramente no va a ocurrir –dijo entonces, como si se le hubiera ocurrido algo más apremiante–. Sé que creciste en un orfanato, pero ¿alguna vez viste a tu padre?

Marco se sentó en la cama y rehuyó la mirada de Grace, incluso cuando ella se sentó también.

–No. Mi madre murió al dar a luz y mi padre me dejó en el orfanato porque no se sentía capaz de criarme solo. ¿Estás contenta ya de conocer toda la triste historia?

–No, Marco.

El tono de compasión que había en su voz le hizo explotar.

–No se te ocurra tenerme lástima porque entonces tendré que pedirte que te vayas y no te volveré a ver más. ¿Entendido?

Ella asintió sin decir nada.

Marco apenas podía contener la furia que se había apoderado de él. No quería que nadie analizase su pasado, ni sus emociones… especialmente Grace. No quería verse tentado a contarle cosas que solo servirían para hacerle sentir mal, cosas que seguramente le habían hecho ser quien era, pero que se había esforzado mucho en

mantener olvidadas para poder seguir adelante.

Cuando pensaba que por fin estaba recuperando el control de sus emociones, Grace volvió al ataque con su empeño por decir siempre lo que pensaba:

–No siento lástima por ti, Marco. Lo que ocurre es que me da tristeza que pienses que no mereces compasión o comprensión… y esa es la impresión que me da. Eres muy buena persona, Marco, y me cuesta creer que…

–Te lo he advertido y no has querido escucharme. Quiero que te vayas.

Se pasó la mano por el pelo. Tenía el corazón en la garganta y no podía dejar de preguntarse por qué estaba siendo tan autodestructivo, por qué quería despojarse de lo mejor que le había pasado últimamente. Era lo mismo que había hecho de niño; si alguien intentaba acercarse a él, lo apartaba por miedo a que no fueran sinceros o a no estar a la altura de lo que pudieran esperar de él.

–Muy bien –murmuró Grace mientras lo observaba con sus preciosos ojos azules y, seguramente, extraía más conclusiones de su comportamiento.

Cuando vio que se apartaba la ropa de cama con la que se había tapado y se disponía a levantarse, Marco recuperó el sentido común y la abrazó por detrás. La apretó contra su pecho al tiempo que le acariciaba los senos y se dio cuenta de que jamás había sentido semejante deseo por ninguna mujer; la necesitaba tanto como el aire que respiraba.

–No quiero que te vayas –le dijo–. No sé por qué he dicho esa estupidez.

Ella le apartó las manos y se volvió a mirarlo con una sonrisa en los labios.

–No me habría ido. Habría ido a la cocina, le habría pedido a Inês que me hiciera un té y luego habría esperado hasta que estuvieras más tranquilo.

–¿Ah, sí? –la miró sin ocultar su asombro y luego la besó con toda la pasión que sentía hacia ella–. No sé si eres muy terca o muy osada –le dijo después, mirándola a los ojos.

–Mi padre siempre dice que soy terca como una mula. Nunca dejo que el miedo se apodere de mí… salvo después de que mi exnovio me agrediera; entonces dejé que el miedo me impidiera acercarme a ningún otro hombre y me arrepiento mucho de ello.

Marco la miró sin poder creer que estuviera ante una mujer tan valiente y tan admirable.

Un segundo después sus pensamientos se volvieron mucho más primarios.

–¿No te parece que ya hemos hablado suficiente? –le dijo con una

sonrisa pícara en los labios–. Podemos seguir charlando más tarde.

–Como quieras –respondió ella con gesto provocador.

Marco no pudo hacer otra cosa que tumbarla y demostrarle el deseo que sentía de la manera más elocuente… y placentera.

Era extraño haber pasado toda la noche con una mujer sin sentir la necesidad de levantarse de madrugada para trabajar o simplemente para alejarse. Marco se dijo a sí mismo que era porque estaba de vacaciones, pero sabía que era más que eso.

Mientras la veía dormir recordó que cabía la posibilidad de que la hubiera dejado embarazada y tuvo de pronto una sorprendente sensación de esperanza. No tenía familia y jamás había albergado siquiera la idea de casarse algún día y tener hijos. Quizá porque nunca había estado enamorado de ninguna mujer lo suficiente para contemplar dicha idea.

Al mirar el rostro de Grace se le aceleró el corazón. ¿Y si tuvieran un hijo juntos, a quién se parecería? Él era moreno y con la piel oscura, mientras que ella tenía la piel y el pelo claros y los ojos azules… Justo en ese momento Grace abrió los ojos.

–¿Qué haces? –le preguntó con voz suave.

–Mirándote y pensando en lo hermosa que eres.

–Con esos cumplidos podrías conseguir cualquier cosa de mí.

–Esa era la idea.

–Pero me temo que me he despertado con ganas de ir a nadar… ¿puedo?

Marco retiró las sábanas y la miró con la sonrisa más seductora que tenía.

–Después de que hagamos el amor –le dijo.

Grace se sonrojó, pero no intentó volver a taparse.

–Es una suerte que estés en tan buena forma porque eres insaciable –susurró mientras le echaba los brazos alrededor del cuello.

Capítulo 9

Con su encanto característico, Marco había conseguido convencer a Grace de que le permitiera llevarla de compras, pero solo porque no tenía nada que ponerse salvo el vestido rojo y blanco que ya se había puesto el día anterior. Ella había propuesto volver a su casa a cambiarse, pero Marco había acallado su argumento con un apasionado beso que había hecho que Grace descartara la idea de separarse de él ni un instante.

Solo con acordarse de cómo habían hecho el amor durante toda la noche y parte de la mañana, se le aceleraba el corazón. Y la emoción se hacía más intensa e inquietante al pensar en que lo que sentía por él iba más allá de disfrutar enormemente de su compañía. Cada minuto que pasaba con él estaba más fascinada; por su manera de mover las manos, por sus sonrisas… simplemente por cómo era.

Deseaba decirle que no era culpa suya que su padre lo hubiese abandonado, que no tenía nada de avergonzarse y que no merecía otra cosa que admiración por haber sido capaz de superar una infancia tan trágica y alcanzar el éxito del que disfrutaba. El problema era que no podía decirle todo aquello sin hacerlo enfurecer como antes, así pues, tendría que confiar en que volvería a bajar las defensas y a hablar libremente de su pasado… y poco a poco acabaría dándose cuenta de que ella jamás lo traicionaría.

Mientras ella se duchaba, Marco fue a preparar la salida, pues parecía que cualquier pequeño movimiento requería de ciertos preparativos de seguridad. Después, Grace lo esperó desayunando mientras era él el que pasaba por la ducha. Apareció en la cocina con el pelo mojado y más guapo que nunca.

–Inês es una maravilla –comentó Grace, disfrutando de los manjares que había preparado la cocinera–. Tienes mucha suerte de tenerla.

–¿Te crees que no lo sé?

–No, ya sé que lo sabes. Claro que también ella tiene mucha suerte de tenerte a ti como jefe –añadió con una sonrisa.

Pero Marco frunció el ceño mientras se sentaba frente a ella.

–No creas que soy el jefe del año –le advirtió–. No siempre soy tan popular entre mis empleados.

–Supongo que eso es inevitable. ¿Siempre quisiste ser empresario?

–No… Al principio solo quería jugar al golf y hacerlo bien. Había un campo cerca del orfanato.

Apretó los labios al mencionar el lugar donde se había criado, pero al menos no había evitado hablar de ello, pensó Grace.

–A los quince años conseguí un trabajo allí. Uno de los socios se hizo amigo mío y me pidió que fuera su *caddie,* también me enseñó a jugar y llegué a ser bastante bueno.

–Pero no querías dedicarte a ello, ¿no?

Marco la observó un instante.

–¿Nunca has mirado mi biografía en Internet?

–No –respondió ella, sorprendida.

–Hice carrera en el golf durante algunos años y gané varios trofeos. Pero cuando me di cuenta de que los dueños de los clubes ganaban mucho más que los jugadores, decidí cambiar de profesión y me convertí en empresario y promotor inmobiliario.

–¿Y no te arrepientes de haber dejado el golf? Quiero decir, ¿te gusta también este trabajo?

–Sí –respondió él, sonriendo–. Sobre todo cuando me permite conocer a una mujer hermosa y testaruda como tú, Grace… una mujer capaz de arriesgarlo todo por una causa en la que cree.

Aquellas palabras la habían dejado tambaleándose y seguía así cuando Marco fue hasta ella y la ayudó a levantarse. Sintió un escalofrío al ver el brillo lascivo de su mirada y fue precisamente esa reacción lo que le hizo darse cuenta de que tendría que poner un poco de distancia antes de que acabara rompiéndole el corazón.

La idea de no volver a ver a Marco después de aquellas vacaciones le resultaba aterradora. No quería ni pensar en que fuera a hacer el amor con otra mujer que no fuera ella. A pesar de su aparente relajación sobre un posible embarazo, eso no era en absoluto lo que sentía. ¿Qué haría si realmente se había quedado embarazada? De pronto sintió una sorprendente euforia que enseguida se esforzó en apaciguar. Le gustaban mucho los niños, sí, pero siempre se había imaginado que tendría hijos cuando tuviera una relación estable y llena de amor. Pero los hombres como Marco Aguilar no se enamoraban de las mujeres como ella, así que mejor quitarse esa ridiculez de la cabeza cuanto antes.

–Bueno, creo que deberíamos irnos para que pueda ponerme ropa limpia –sugirió entonces, tratando de ser sensata.

–Estás muy bien como estás, pero llamaré a Miguel y nos iremos de inmediato.

Marco nunca había conocido a una mujer a la que le gustara tan poco comprarse ropa, pero después de llevar un rato viendo escaparates, tuvo que reconocer que lo que le había dicho Grace era cierto: no le veía ningún interés a ir de tiendas.

El problema era que cuando llevaban media hora paseando por el puerto deportivo, Grace se dio cuenta de que había empezado a seguirlos un grupo de personas, por lo que la ya ardua tarea de comprarse ropa iba a hacérsele aún más incómoda.

Había sido tan ingenuo de creer que podría dar un paseo con Grace como una persona normal que incluso le había pedido a José que los esperara en el coche. Pero era evidente que no podía ser como cualquier otro hombre que saliera a comprar con su novia o su esposa.

–No es necesario que sigamos –aseguró Grace cuando se hizo evidente la tensión de ambos.

–¡No! –espetó él, apretándola contra sí–. Quiero comprarte un vestido y voy a hacerlo. Ven conmigo.

La llevó hasta la siguiente tienda, entró y le pidió a la dependienta que cerrara, prometiéndole después que le compensaría generosamente por la posible pérdida de otros clientes.

–Es un placer, *senhor* Aguilar –respondió la guapa dependienta.

La llegada de un corpulento guardia de seguridad que cerró la pesada puerta de cristal les hizo sentir mucho más tranquilos.

–Cuando quieran marcharse, pueden hacerlo por la puerta trasera –les aseguró Natalie, pues así se llamaba la sonriente dependienta.

Pero a Marco seguía preocupándole que la excursión estuviese convirtiéndose en una tortura para Grace.

–¿Estás bien?

–Sí. Debes de estar completamente harto de este asedio de la prensa y de la gente en general.

–Unos días me molesta más que otros, pero hoy me niego a que nada nos estropee los planes. Estamos en una de las tiendas más prestigiosas del Algarve y quiero que te compres el vestido que más te guste.

Grace miró a su alrededor y meneó la cabeza.

–Seguro que es todo de la talla cero. Es como si las mujeres del mundo entero estuvieran tratando de desaparecer.

–Vamos, mira bien –insistió Marco, aunque en el fondo estaba de acuerdo con ella–. Le lanzó una mirada a Natalie y, al ver el modo en que la dependienta miraba de arriba abajo a Grace, se sintió furioso de que aquella muchacha arrogante pudiese creerse mejor que su bella y encantadora acompañante–. ¿Por qué no le enseñas algo bonito? –le dijo bruscamente–. Supongo que para eso te pagan.

–Por supuesto, *senhor* Aguilar.

A partir de entonces Natalie comenzó a tratar a Grace con más amabilidad y la ayudó a elegir un par de prendas que fue a probarse.

Grace se sentía terriblemente incómoda de tener que comprarse un vestido que ni siquiera necesitaba y más aún de tener que aguantar las miradas de una dependienta que sin duda estaba preguntándose qué

hacía alguien tan vulgar con un hombre como Marco. No obstante, se metió en el probador y se concentró en encontrar algo que le sentara medianamente bien, aunque solo fuera para contentar a Marco.

Estaba abrochándose los botones de un vestido con el corpiño bordado en nido de abeja cuando oyó el timbre de su teléfono móvil. Lo sacó del bolso segura de que serían sus padres, puesto que llevaba tres días sin hablar con ellos y estarían ya histéricos.

Pero el número que vio en la pantalla fue el de Sarah, la directora de la organización humanitaria. Grace frunció el ceño y sintió que se le aceleraba el pulso.

Cuando terminó la conversación, estaba sentada en el suelo y con la cara llena de lágrimas. Alguien llamó a la puerta del probador. Era Marco.

–La dependienta me ha dicho que te ha oído llorar. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Se había agachado frente a ella y le había agarrado una mano entre las suyas.

–Acabo de recibir malas noticias –dijo mientras se secaba las lágrimas y pensaba que estaba arrugando un carísimo vestido que iba a tener que pagar Marco.

–Dime de qué se trata te lo ruego. No soporto verte así sin saber por qué.

Grace lo miró a los ojos y trató de controlar la tristeza que sentía.

–¿Te acuerdas del bebé africano del que te hablé?

–¿Azizi?

No podía creer que recordara su nombre.

–Sí… Acaba de llamarme mi jefa para decirme que… ha muerto. Hace un par de días empezó a tener fiebre y, aunque lo llevaron al hospital, no ha podido superarlo. Solo tenía unas semanas… –tuvo que tragar saliva para intentar deshacer el nudo que tenía en la garganta–. No es justo.

–*Nao chorar, a meu amor, que o bebê e seguro com Deus agora* –las palabra salieron de su boca antes de que Marco se diera cuenta siquiera de que las había dicho en voz alta. Se le rompía el corazón de ver así a Grace y la necesidad de consolarla era más fuerte que ninguna otra cosa. No le importó que la dependienta pudiera oírlo y contárselo a la prensa a cambio de una buena suma de dinero.

Grace lo miró con sus enormes ojos azules llenos de lágrimas.

–¿Qué quiere decir eso? –le preguntó en un susurro.

–Que no llores más porque ahora el bebé estará a salvo con Dios –ni siquiera estaba seguro de creer en Dios, pero quizá la educación católica que había recibido en el orfanato hubiera dejado su poso. No le dijo a Grace que también le había dicho «mi amor». Era la primera vez que utilizaba esas dos palabras para dirigirse a una mujer y no

sabía bien qué pensar. Lo que sí sabía era que cuando estaba con ella se sentía un hombre completamente distinto.

–Gracias.

–¿Quieres que volvamos a casa a comer, en lugar de ir a un restaurante?

Parecía aliviada.

–¿No te importa? Lo siento mucho… no quería estropearte los planes.

Marco sonrió a pesar del nudo que tenía en la garganta.

–No has estropeado nada, ángel mío.

Mientras la ayudaba a ponerse en pie, trataba de manejar las emociones que se habían apoderado de él. Estaba fascinado por la belleza interior y exterior de aquella mujer.

–¿Qué ocurre, Marco? ¿Estás bien?

Se sintió incapaz de responder con palabras, lo único que pudo hacer fue estrecharla en sus brazos y besarla como si en ello le fuera la vida.

Ni Grace ni él oyeron la puerta que se abría, ni la voz de Grace:

–*Desculpe me*… perdonen.

La puerta volvió a cerrarse.

Capítulo 10

Tal y como les había prometido, Natalie les dejó salir por la puerta de atrás de la tienda y así pudieron escapar sin que nadie los viera. Eso sí, habían tenido que ir corriendo hasta el coche, donde por suerte los esperaba Miguel, preparado para ponerse en marcha.

Marco le sostuvo las manos durante todo el trayecto, mientras ella luchaba contra la tristeza y el recuerdo de los enormes ojos negros de Azizi. En medio de tanto dolor, apareció la idea de que quizá se hubiera quedado embarazada y, sorprendentemente, la posibilidad le sirvió de consuelo. Incluso empezaba a desear que así fuera. A pesar de no contar con ningún modelo como padre, estaba segura de que Marco lo haría muy bien; había visto numerosas muestras de su bondad. Era una lástima que se empeñara tanto en ocultar sus emociones porque, de otro modo, quizá habrían tenido futuro juntos.

Aquel pensamiento le sacudió el alma hasta lo más profundo.

Al mirarlo supo que jamás podría liberarse de la magia en la que él la había envuelto. Cuando se habían besado en el probador, había sido como si todos sus sueños rotos, todas sus esperanzas incumplidas hubiesen explotado dentro de ambos y ahora estuviesen intentando hacerlas realidad juntos.

Apenas entraron en la mansión, Marco la agarró de la mano y la llevó corriendo al dormitorio, donde se arrancaron la ropa el uno al otro e hicieron el amor, ansiosos por borrar cualquier rastro de dolor o tristeza de sus corazones.

Tumbados sobre la enorme cama, los dos tan satisfechos como exhaustos, se miraron a los ojos.

–¿Tienes idea de cuánto me gustas, Marco Aguilar?

Él esbozó una cautivadora sonrisa que la hizo estremecer.

–¿Por qué no me lo dices?

–Me gustas más de lo que me ha gustado nunca ningún otro hombre. Pero no quiero que te asustes. Eso no significa que espere nada de ti más allá de lo que ya me has dado y de lo que estés dispuesto a darme mientras estemos juntos.

–¿Por qué crees que voy a asustarme?

–Porque tengo la impresión de que no quieres que nadie se encariñe contigo… y menos una mujer.

–¿Eso crees?

–Dime si me equivoco. ¿Tienes miedo a que alguna mujer se

encariñe contigo?

Marco dejó de acariciarle el brazo y Grace se puso en tensión.

–¿A ti qué te parece? –comenzó por fin–. A lo largo de mi vida he perdido a todas las personas que deberían haberme tenido algo de cariño. Puede que asocie ese cariño con la pérdida. ¿Acaso no es lógico que lo tema?

Grace sabía que no le gustaba hablar de ello, pero percibía una ligera predisposición a abrirse y quiso aprovecharlo, aunque con cautela.

–Marco… me gustaría mucho que me hablases de ti.

–Ya –se quedó pensativo unos segundos–. ¿Qué es lo que quieres saber?

–¿Alguna vez intentaste averiguar qué fue de tu padre después de que te abandonara en el orfanato?

Grace contuvo la respiración a la espera de su reacción.

–Mi madre me tuvo con dieciséis años y mi padre con diecisiete. Los dos se habían criado en el orfanato en el que después me dejó él porque no tenía dinero ni capacidad para criarme. Rogó que me aceptaran y prometió mantener el contacto, pero se marchó y no volvieron a saber nada de él. No tenían ninguna dirección donde encontrarlo.

Marco apartó la mirada de ella.

Grace le puso la mano en el pecho suavemente y esperó a que se sintiese preparado para seguir.

–Se sentiría muy orgulloso de ti si supiese todo lo que has conseguido –murmuró con los ojos llenos de lágrimas por él y también por Azizi, otro niño que tampoco había conocido a sus padres. A veces era difícil comprender por qué la vida era tan cruel.

–Oye, no quiero que llores por mí. No merece la pena derramar ni una sola lágrima por algo que sucedió hace tanto tiempo. Yo tengo por norma no pensar nunca en el pasado.

–Lloro por ti y por Azizi –admitió ella, acariciándole la cara–. Pero ¿de verdad nunca piensas en el pasado?

–De verdad. ¿De qué serviría desear que las cosas hubiesen sido distintas?

–¿No hubo ningún momento de felicidad en el orfanato?

–No. ¿Acaso esos niños africanos son felices?

–Creo que a veces sí. Esos pequeños viven el momento sin preocuparse por el pasado, ni por el futuro. No sabes cómo sonríen cuando alguien les da un abrazo o cualquier otra muestra de cariño. Responden con tanto amor… Es lo más gratificante del mundo.

–Sin duda debe de serlo para alguien como tú, Grace.

–Y para muchos otros, ya te lo he dicho. ¿Nunca hubo nadie que te quisiera y a quien tú quisieras?

La pregunta le hizo incorporarse en la cama, arrugando el entrecejo.

–No que yo recuerde. ¿Podemos ya dejar de hablar de mí? No quiero seguir recordando el pasado y me gustaría que lo respetases.

–Siento mucho que te afecte tanto, pero…

–Piensas que me hace bien –estaba visiblemente irritado–. *Deus!* Qué insistente eres. No quiero que intentes ayudarme, Grace. No soy uno de tus huérfanos. Lo único que necesito de ti es que pases conmigo estas vacaciones, ¡no que te conviertas en una especie de Madre Teresa! Si necesito analizar los traumas del pasado, iré al psicólogo.

Por un momento se quedó abatida por su reacción, pero luego echó mano de esa fuerza que siempre conseguía reunir en los peores momentos, se tragó la vergüenza de que la hubiese puesto en su sitio tan bruscamente y le sonrió. Algo le decía que en realidad con quien estaba enfadado era consigo mismo por el hecho de que todavía le afectase tanto hablar del pasado.

–Te pido disculpas otra vez. Vamos a hablar de otra cosa, ¿de acuerdo?

–Buena idea. ¿Qué te parece si hablamos de ti, para variar? Por ejemplo, ¿quién es el tipo con quien perdiste la virginidad?

Vaya, le había hecho enfadar y ahora iba a tener que pagarlo. De todos modos, iba a demostrarle que creía firmemente en que hablar ayudaba a superar las cosas.

–Era un chico con el que salí en la universidad. Solo nos acostamos aquella vez porque al día siguiente me dijo que había sido un error… que prefería a otra, pero no había sabido cómo decírmelo. Ya ves, no fue precisamente la experiencia más romántica del mundo. No me siento orgullosa, pero sé que es normal hacer tonterías cuando se es joven y uno intenta sentirse aceptada.

Marco le puso la mano en la cara y la obligó a mirarlo.

–Eres muy dura contigo misma. El que hizo una tontería fue él al pensar que encontraría alguien mejor que tú.

–Gracias –murmuró, agradecida de que no le hubiera durado el enfado.

–¿Y qué hay del que te agredió?

Grace apretó los labios y respiró hondo antes de empezar a hablar.

–No fue nada especial, si es eso lo que quieres saber. Empezamos a salir juntos solo porque nos gustaban las mismas películas y la misma música, teníamos amigos en común, así que cuando me pidió que saliera con él, pensé que lo conocía. Pensé que me trataría bien. Y así fue hasta que empezó a presionarme para que me acostara con él. Yo no quería porque ni siquiera estaba segura de si me gustaba lo suficiente para salir con él, así que mucho menos para tener una relación más íntima. Una noche fuimos juntos a una fiesta. Él llevaba

horas bebiendo, así que yo llevé el coche hasta mi casa porque no quería que le dejara en la suya. Me prometió que llamaría un taxi desde mi casa después de tomarse un café conmigo. Fui una tonta por dejarle subir en ese estado, pero de verdad creí que solo quería un café. Sin embargo, en cuanto entramos, empezó a acusarme de haber estado coqueteando con un chico que había en la fiesta. No era cierto… ni mucho menos. El caso es que me pegó y luego me inmovilizó contra el suelo y…

No pudo seguir. El recuerdo de aquel momento seguía provocándole náuseas y ganas de llorar.

–Perdona, Grace. No debería haberte hecho hablar de ello.

Marco la abrazó y le acarició la cabeza mientras se arrepentía de haber sido tan insensible.

–No me importa que me preguntes sobre las relaciones que he tenido, si se pueden llamar así –le aclaró ella después de volver a sentarse frente a él–. Es natural querer saber con quién ha estado la persona con la que estamos teniendo relaciones íntimas. Cuando nos conocimos me preguntaste si tenía novio, pero yo no te pregunté a ti si había alguien en tu vida.

–Claro que no –se apresuró a responder él–. Si hubiera habido otra mujer, no te habría pedido que pasaras las vacaciones conmigo. Yo jamás te haría algo así, Grace.

–Me alegra saberlo. Entonces dime cómo era tu última novia.

Marco se echó a reír.

–¡Una pesadilla! Así era. Fue una suerte librarme de ella.

–¿Qué ocurrió?

–Nada de lo que quiera hablar.

–Vamos, yo te he contado cómo fueron las dos únicas relaciones que he tenido…

–Está bien –dijo, haciendo un exagerado gesto de rendición–. Era modelo y me dejé conquistar por su belleza, supongo. Debería haber mirado más allá de la apariencia, pero no lo hice. Supongo que me sentía solo. No sé… –meneó la cabeza–. Resultó que además de los hombres ricos y fáciles de engañar, le gustaba la cocaína y alguna otra droga más. Cuando perdió el trabajo, me acusó legalmente de no ofrecerle el apoyo económico que según ella le había prometido. Lo cierto era que yo ya había roto con ella antes de que se quedara sin empleo.

–Debió de ser muy duro que te traicionara así una mujer tan importante para ti.

–Yo no he dicho que fuera tan importante.

–Aun así debió de ser duro.

–Solo para mi orgullo –zanjó Marco al tiempo que le tomaba las manos entre las suyas–. ¿Por qué no nos olvidamos del pasado de una

vez y salimos?

–¿Adónde?

–Podríamos ir a navegar en yate por toda la bahía.

–¿Tienes un yate?

–¿Hay algún millonario que se precie que no lo tenga? –bromeó con una sonrisa arrebatadora–. Solo tengo que hacer una llamada y podremos salir a navegar bajo las estrellas. Pueden llevarnos la cena del mejor restaurante de la zona y podemos disfrutarla en la cubierta, mientras nos mecen las olas.

Grace suspiró. Comprendía que la idea de ofrecerle todos los lujos a su alcance le hiciera sentir seguro porque era a lo que estaba acostumbrado y donde se encontraba cómodo; solo tenía que chasquear los dedos para que cualquier deseo se hiciera realidad. Seguramente eso le ayudaba a huir de los recuerdos de una infancia en la que nunca se había sentido seguro, ni había podido controlar lo que le sucedía.

Pero no podría pasarse la vida huyendo. Tarde o temprano, todo el mundo tenía que enfrentarse a la realidad. Grace había aprendido que no servía de nada mantenerse siempre donde uno se sentía seguro, sin afrontar ningún desafío porque eso solo traía tristeza y el vacío más absoluto. Por eso se había ido a África a pesar del miedo que le había dado alejarse de todo lo que conocía y enfrentarse al sufrimiento. Lo que jamás habría imaginado era que allí encontraría tanta felicidad y satisfacción. Lo que tanto había temido había sido su salvación.

–Suena genial, pero me temo que esta noche necesito estar sola. Necesito pensar.

–¿En Azizi?

–Sí.

–Sé que es una historia muy trágica, pero puedo decirte que, si alguna vez hubiese tenido de niño a alguien como tú que me cuidase, me habría sentido un privilegiado.

Aquellas palabras la conmovieron profundamente.

–Mereces todo el cuidado y el amor del mundo, Marco. Se me parte el corazón de pensar que nunca los tuviste.

Marco guardó silencio durante unos segundos, pero en su rostro ya no había tensión alguna. Después se quedó observándola detenidamente.

–Vamos, Grace. Viniste al Algarve a descansar y a pasarlo bien. Vamos juntos a navegar. Te prometo que no te arrepentirás.

Le resultaba muy duro negarle nada… sobre todo después de lo que acababa de confesarle sobre su infancia. Rechazar su ofrecimiento le hacía sentir que era otra persona más que lo decepcionaba y eso resultaba muy difícil de asimilar sabiendo lo mucho que lo amaba.

El descubrimiento la dejó sin respiración. Sintió ganas de llorar y

reír al mismo tiempo. Estaba enamorada de Marco. Sí, lo amaba con todo su corazón.

Razón de más para que se tomara unas horas para estar a solas y pensar.

–Lo siento, Marco. Hoy necesito estar sola. Intenta entenderlo, por favor.

–Está bien. No quiero estar sin ti ni una hora, pero si es lo que necesitas, no te lo impediré. Pero prométeme que mañana volverás.

–Será solo esta noche. Te prometo que volveré por la mañana.

–Supongo que podrías traerte una maleta para pasar aquí el resto de las vacaciones.

–Sí, supongo. Bueno… será mejor que me vista –murmuró mientras las palabras «el resto de las vacaciones» resonaban en su mente, confirmando que Marco no consideraba siquiera la idea de pasar más tiempo con ella.

Recogió lentamente sus cosas, las prendas que habían quedado desperdigadas por el suelo y se las fue poniendo una a una a pesar de que lo que de verdad deseaba era volver a refugiarse en sus brazos y confesarle que lo amaba.

Pero sabía que era más sensato pensar bien las cosas, pues no tenía la menor idea de cómo recibiría Marco semejante declaración de amor.

–Sé que ya he accedido a pasar la noche sin ti, detesto la idea de no estar ahí para consolarte mientras estás triste.

Sus palabras volvieron a conmoverla.

–Pensaré en lo que acabas de decir y bastará para que me sienta mejor. De verdad, Marco. Solo será una noche. ¿Qué vas a hacer tú? ¿Vas a salir a navegar? –le preguntó para no seguir pensando.

–No lo creo. Quizá vaya a ver a algunos amigos. No vengo mucho por aquí, así que supongo que podría aprovechar la oportunidad.

–Buena idea. Seguro que te han echado de menos.

Él no dijo nada. Se limitó a vestirse en silencio y dirigirse hacia la puerta.

–Voy a avisar a Miguel para que te lleve a casa y mañana vaya a buscarte por la mañana –le dijo con la puerta ya abierta–. Puedes darte una ducha si quieres. Baja cuando estés preparada, te estará esperando afuera.

–Gracias… –respondió Grace con el corazón encogido de ver la frialdad que había provocado en él. Ni siquiera iba a darle un beso de despedida. Quizá era un error pasar la noche sola. Grace esperaba con todas sus fuerzas que no fuera así.

Capítulo 11

Marco no intentó participar en la conversación sin trascendencia alguna que mantenía la gente con la que estaba cenando en el restaurante, ni siquiera conseguía prestar atención a lo que decían. Era como si las voces estuvieran muy lejos y él estuviese aislado en un sueño. Un sueño que, con la ausencia de Grace, cada vez se parecía más a una pesadilla. Llevaban separados solo unas horas, pero le estaban pareciendo una eternidad. Sentía una extraña presión en el pecho y se le había quitado el apetito y las ganas de charlar con sus amigos.

Amigos… La palabra no encajaba en absoluto con los rostros que veía a su alrededor. ¿Por qué todas sus supuestas amistades tenían que tener algo que ver con el trabajo? Había aceptado la invitación de cenar con ellos esa noche solo porque no quería estar a solas con sus pensamientos. No quería estar solo, pero se daba cuenta de que aquellas personas no eran verdaderos amigos.

Era consciente de que su empeño por alcanzar el éxito le había impedido tener relaciones sinceras y cercanas; solo se había relacionado con esa élite social en la que tanto le había costado entrar.

Pero, aparte de trabajar y buscar su propio placer, ¿qué había hecho con su vida? Sí, colaboraba económicamente con varias organizaciones benéficas, pero jamás se había implicado personalmente como lo hacía Grace. ¿De qué tenía tanto miedo?

La respuesta era sencilla. Le aterraba no saber relacionarse de verdad con la gente normal y aún más comprobar que el haberse aislado emocionalmente le había privado de las auténticas alegrías de la vida. Esa alegría que se obtenía cuando se conectaba realmente con alguien y se contribuía a hacer que su vida fuera mejor.

Todo aquello no animó precisamente a Marco, aunque sabía que eran cosas en las que debía pensar a fondo. Lo único que podría animarlo sería ver a Grace. ¿Por qué había renunciado a ella tan fácilmente aquella noche? Ni siquiera le había dado un beso de despedida.

¿Y si no volvía a verla? ¿Y si al estar a solas se había dado cuenta de que no quería estar con alguien tan cerrado y tan alejado del mundo real?

Estaba tan distraído que, al ir a agarrar su copa, tiró otra y derramó todo el vino sobre el mantel blanco. Las dos mujeres que tenía al lado

pegaron un respingo, pero luego se apresuraron a decirle que todo el mundo tenía accidentes.

Marco se había puesto en pie para intentar paliar los daños, pero una vez levantado supo que tenía que largarse de allí cuanto antes.

Se disculpó con todos sus acompañantes, aceptó el generoso ofrecimiento de uno de ellos de pagar su parte de la cena y se marchó sin mirar atrás.

–¿Te tomas una copa conmigo? –le preguntó a Miguel cuando el chófer paró el coche frente a la casa.

El leal conductor aceptó con un movimiento de cabeza. Los dos hombres salieron a una de las múltiples terrazas de la mansión, aunque Marco pasó antes a buscar una botella de buen vino y dos copas.

–Por la verdad y la belleza –dijo Marco levantando su copa para brindar.

El chófer acercó su copa y sonrió. Después se sentaron el uno junto al otro en silencio, con el canto de los grillos de fondo. Marco se sentía tan cómodo que se le pasó por la cabeza que apreciaba mucho la presencia y la compañía de aquel hombre.

–La echa de menos.

–¿Qué?

–A la señorita Faulkner… la echa de menos.

Marco meneó la cabeza, sorprendido por la perspicacia de su empleado.

–Solo llevamos unas horas separados.

–Da igual –Miguel se encogió de hombros–. Cuando uno se separa de la mujer de su vida, aunque sea un momento, siente que no volverá a estar completo hasta que esté de nuevo con ella.

–¿Qué te hace pensar que la señorita Faulkner es la mujer de mi vida? No lo es. ¿Cómo podría serlo después de solo unos días?

A pesar de lo rápido que lo había negado, Marco sintió que se le aceleraba el corazón al pensar lo mucho que deseaba volver a mirar esos ojos azules y volver a abrazar su cuerpo, y saber que todo iba bien simplemente porque ella estaba allí.

–Se puede conocer a la mujer de tu vida y enamorarse de ella en un instante. Da lo mismo que acabe de conocerla –aseguró el chófer con voz y mirada firme.

–¿Es eso lo que te ocurrió a ti?

Marco notó que estaba pensando en alguien, pero sabía que no tenía pareja y le dio mucha lástima no haber tenido nunca una conversación sincera con él.

–Sí… Pero, por desgracia, yo la perdí por culpa de una enfermedad

–le contó después de tomar un sorbo de vino–. Pasamos muy poco tiempo juntos, pero fue increíble, ¿sabe?

Claro que lo sabía.

–Siento mucho que la perdieras –murmuró.

Miguel tragó saliva y respiró hondo antes de volver a sonreír.

–Por eso tiene que aprovechar al máximo el tiempo que tenga con la señorita Faulkner. Solo hay que ver el modo en que se miran para saber que están ustedes enamorados.

Fue un verdadero shock para él, pero tuvo que admitir que, al menos por su parte, era cierto. ¿Sería posible que Grace sintiera lo mismo?

–La señorita Faulkner… Grace… es una mujer increíblemente buena y valiente. Yo no valgo nada comparado con ella, Miguel –reconoció con humildad.

–No estoy de acuerdo.

–A ella no le impresiona mi éxito, ni mi dinero.

–En ese caso es usted un hombre de suerte, *senhor*, porque eso quiere decir que lo que le interesa es usted como persona.

Dos de las personas que trabajaban en el orfanato de África habían caído enfermos con unas fiebres parecidas a la que había sufrido Azizi y estaban ingresados en el hospital. Grace se había enterado gracias a una llamada de su padre, a quien había llamado uno de los directivos de la organización con la esperanza de localizarla a ella.

Grace había notado el esfuerzo que había supuesto para su padre darle la noticia, pues la conocía bien y sabía que no dudaría en ofrecerse para suplir a los compañeros que habían caído enfermos.

Aun después de comprometerse a viajar a África tan pronto como le fuera posible, no pudo dejar de pensar en Marco y en el error que había cometido separándose de él la noche anterior. Estaba completamente enamorada de él y no sabía cómo iba a poder decirle adiós y volver a su vida de siempre.

El timbre de la puerta la sacó de golpe de sus pensamientos, dejó el desayuno a medias y fue a abrir, no sin antes mirar de reojo la maleta que había preparado para llevar a casa de Marco y que finalmente iba a seguir un rumbo muy distinto.

Al otro lado de la puerta no encontró al fiel chófer, sino al mismísimo Marco, vestido con camisa negra y vaqueros. Sus ojos oscuros la recorrieron de arriba abajo con una intensidad que la hizo estremecer. Parecía un ángel oscuro enviado allí para tentarla con placeres a los que Grace no querría renunciar.

Fue él el primero que habló:

–*Deus!* Grace, hoy estás especialmente elegante y sexy. Me alegro de

haber venido personalmente a buscarte.

–Gracias –lo cierto era que se había arreglado con esmero con la esperanza de que eso la ayudara a sentirse más segura al darle la noticia y ahora se debatía entre lanzarse a sus brazos o alejarse de él para que le fuera más fácil resistir la tentación–. Me alegro de verte… me alegro mucho. ¿Quieres tomarte un café conmigo?

–Claro.

Marco entró en la casa sonriendo porque se había dado cuenta de que estaba ansiosa por tocarlo. Se entretuvo mirando las fotos que llenaban las paredes del recibidor, fotos de la infancia y la juventud de Grace. Parecía fascinado. Seguramente nadie se había molestado en documentar la infancia y la juventud de un niño huérfano. La idea le dio ganas de llorar.

–Tus padres tienen cara de buena gente –comentó.

–Lo son. ¿Salimos al patio?

Hacía un día especialmente hermoso, con el cielo completamente azul y una ligera brisa que refrescaba el ambiente. Grace le sirvió un café solo y sin azúcar y luego se sentó frente a él.

–Anoche te eché de menos –confesó sin apartar la mirada de sus ojos.

–Yo a ti también.

–¿Al final saliste con tus amigos?

–Sí, pero… la verdad es que no son mis amigos. Solo es gente con la que he trabajado o trabajo todavía.

–Ah.

–En otro tiempo los habría considerado amigos.

–¿Y qué ha cambiado?

–Yo he cambiado. Tú me has hecho darme cuenta de quiénes son mis verdaderos amigos y quiénes no –le explicó con una sonrisa capaz de derretir los polos–. También me he dado cuenta de que llevo toda la vida huyendo del pasado en lugar de enfrentarme a él y superarlo. El modo en que tú hablas de tus miedos y luchas por superarlos me ha impulsado a tratar de hacer lo mismo. ¿Te das cuenta de lo que has hecho? Me has transformado.

–Yo no he hecho nada. Si te has dado cuenta de todo eso, es porque querías ver por fin la realidad –Grace clavó la mirada en su café porque le resultaba difícil mirarlo a los ojos y seguir hablando… o siquiera respirando. Aunque lo que acababa de decirle era maravilloso.

–Nunca había conocido a una mujer tan generosa como tú, Grace. Y eso me hace pensar que debería aferrarme a ti y no dejarte escapar.

Entonces sí lo miró y deseó confesarle lo mucho que lo amaba, pero antes debía informarle del cambio de planes.

–¿Marco?

–¿Sí?
–No sé cómo decirte esto, pero me temo que tengo que volver a África… al orfanato.
–¿Cuándo? ¿No me estarás diciendo que piensas irte antes de que acaben las vacaciones?
–Me temo que sí. Tengo que irme hoy mismo. Dos de los trabajadores del orfanato están en el hospital con fiebre, lo que quiere decir que solo quedan otras dos personas para hacerse cargo de los niños y no hay nadie más que pueda ir… Todo el mundo está trabajando en otros proyectos. Además, yo conozco a los niños, así que mi presencia los tranquilizará.
El rostro de Marco se oscureció bruscamente y de pronto tampoco el cielo parecía tan azul.
–No es que no quiera quedarme contigo, Marco… Esto es una emergencia. No tengo otra opción.
Marco se puso en pie y miró a lo lejos. Grace fue hasta él, pero no se atrevió a tocarlo.
–¿Qué quieres que haga, Grace? –la miró de un modo que le encogió el corazón–. Sé lo mucho que te preocupan esos niños, pero ¿qué hay de ti? Viniste aquí a descansar y a recuperarte del agotamiento que te provocó tu anterior visita a África y sin embargo estás pensando en volver allí y poner en peligro tu salud. La fiebre mató a Azizi y ahora hay otras dos personas enfermas… No puedo alegrarme de que te vayas.
–No es seguro que se trate de las mismas fiebres… Están haciéndoles pruebas. En cualquier caso, lo importante es que esos niños indefensos necesitan gente que los cuide y yo ahora estoy perfectamente; fuerte y recuperada del cansancio. No me va a pasar nada –añadió con lágrimas en los ojos.
–No quiero que vayas –Marco se pasó la mano por el pelo y meneó la cabeza–. Sé que vas a ir de todas maneras. Pero una cosa es ayudar a los demás y otra muy distinta es poner en peligro tu vida.
–Lo siento, Marco… pero tienes razón. Voy a ir. No me lo tomes a mal.
–No me lo tomo a mal… no podría. Pero me gustaría que te lo pensaras de nuevo.
Aunque no podía garantizar que no le fuera a pasar nada, Grace sabía que debía ir. No podía no ayudar a esos niños; tenía que saber que había hecho todo lo humanamente posible por ellos.
Marco se dio media vuelta como si se hubiese rendido y fue hacia las puertas que comunicaban el patio con el salón. Al darse cuenta de que se iba, Grace derramó una lágrima.
–No te vayas así, Marco, por favor. Te prometo que estaré bien. ¿Puedes esperar un minuto? –agarró la libreta en la que había estado

anotando cosas mientras desayunaba y apuntó su dirección, su número de teléfono y el de sus padres–. Por si quieres o necesitas ponerte en contacto conmigo –dijo, dándole el papel.

Marco asintió.

–¿Ya tienes el billete?

–Sí. La organización se ha encargado de todo.

–¿Necesitas dinero?

–No… gracias.

–Entonces supongo que no hay más que decir. Cuídate y no corras ningún peligro innecesario.

La tensión de su voz le encogió el alma a Grace. Entonces se acercó a ella, le tomó el rostro entre las manos y la besó con fuerza. Después se marchó de allí sin darle tiempo a reaccionar y sin siquiera mirar atrás.

Capítulo 12

La lluvia golpeaba con fuerza el asfalto. Si bien debería haberle resultado refrescante después del largo periodo de calor que había vivido en el Algarve, el ánimo de Marco era demasiado sombrío como para importarle si llovía o no. Con la mirada clavada en las calles de aquel barrio que nunca había tenido motivos para visitar sintió que se le secaba la idea y se le aceleraba el pulso ante la perspectiva de volver a ver a Grace después de seis interminables semanas. Estaba desanimado porque aquella separación había sido para él como una sentencia de muerte durante la que le había sido imposible concentrarse en el trabajo y había reaccionado como una fiera cada vez que algo no le salía bien.

En esas largas semanas la había llamado varias veces a su teléfono móvil sin ningún éxito y, mientras intentaba no dejarse llevar por la preocupación, había probado suerte con la oficina de la organización humanitaria en Londres. La directora se había mostrado inflexible, negándose rotundamente a darle ningún tipo de información sobre Grace por no formar parte de su familia. Ni siquiera había logrado que le dijera cuándo regresaba.

Marco habría querido gritarle que tenía intención de convertirse en su familia si ella lo aceptaba, pero no lo había hecho. Lo que había hecho finalmente había sido llamar a casa de sus padres y había sido su padre, Peter, el que por fin le había informado, aunque vacilante, de que Grace había caído enferma después de trabajar hasta el agotamiento y que, tras una semana en un hospital de la zona, iban a trasladarla a Londres.

De eso hacía ya una semana. Peter Faulkner le había aconsejado que esperara unos días antes de ir a verla porque, según él, necesitaría un tiempo para aclimatarse y recuperar las fuerzas antes de poder recibir visitas.

Aquella última semana había sido otra dura prueba, pues en esos siete días no había podido saber si la salud de Grace estaba o no mejorando. No había podido descansar un momento, pensando en que pudiera no recuperarse, en que muriera sin haber tenido oportunidad de decirle lo que sentía por ella. Por eso, mientras Miguel aparcaba frente a la casa de ladrillo rojo de los Faulkner, Marco hundió el rostro entre las manos y rezó con todas sus fuerzas.

Más de una vez durante esos días había recordado que Miguel había

perdido a su gran amor por culpa de una enfermedad terminal. ¿Por qué no se habría ido a África con ella? Si hubiese podido dejar de pensar que estaba abandonándolo y se hubiese dado cuenta de que en realidad lo que iba a hacer era un acto de profunda generosidad que merecía toda su admiración y su respeto… En su defensa solo podía decir que el cambio de planes lo había desconcertado y destrozado.

–*Deus!*

–Hemos llegado, *senhor* Aguilar –anunció Miguel abriéndole la puerta del coche.

El hombre que se había convertido en un verdadero amigo para él desde la marcha de Grace le ofreció un paraguas y una sonrisa de comprensión.

–Lo esperaré en el coche.

–Gracias –aceptó el paraguas y caminó bajo la lluvia hasta la puerta roja de la casa.

Después de presentarse ante el padre de Grace, siguió a aquel hombre serio pero amable hasta una sala donde le dijo que su hija se encontraba descansando.

Se le cortó la respiración al verla. Estaba sentada frente a un ventanal, con la espalda muy recta, la mirada clavada en el jardín y el cabello sobre los hombros. Llevaba un suéter blanco y pantalones vaqueros y parecía una frágil figurita de porcelana; un movimiento en falso y se rompería en pedazos imposibles de recomponer.

El temor le revolvió el estómago.

–¿Grace? –Peter Faulkner se acercó a su hija y le puso una mano en el hombro–. Tienes visita.

–¿Quién es? –al mismo tiempo que hacía la pregunta, se daba la vuelta y sus ojos se encontraban con los de Marco–. Dios mío…

No fue una exclamación, pero era evidente que su presencia allí le había afectado tanto como a él verla a ella.

–Te llamé varias veces… –comenzó a decir, pero la emoción lo golpeó de pronto, dejándolo sin voz y sin palabras. Tenía tantas cosas que decirle que no sabía por dónde empezar.

–Será mejor que os deje hablar tranquilos. Cuando queráis, mamá nos preparará una buena taza de té.

–Gracias, papá.

Peter Faulkner salió de allí después de darle un beso en la frente a su hija.

Grace esperó hasta que hubo cerrado la puerta para volver a mirar a Marco y sonreír. Su sonrisa era tan deslumbrante como siempre, a pesar de parecer mucho más frágil.

–No puedo creer que estés aquí –dijo en voz baja.

–¿Qué tal estás? Has perdido peso y no tienes buen aspecto –le dijo, molesto consigo mismo por no poder controlar la emoción que sentía.

–Solo necesito descansar para recuperar fuerzas.
–No debería haber dejado que te fueras.
–¿Marco?
–¿Qué?
Grace sonrió con una ternura que él no se creía merecer y le agarró la mano.
–Me alegro tanto de que hayas venido a verme. Tenía miedo de que me hubieras olvidado.
–¿Estás loca?
La levantó con mucho cuidado y la abrazó, apretándola contra su pecho como si necesitara comprobar que no era producto de su imaginación. Y al tenerla cerca creyó morir de alegría y de alivio, aunque también le preocupó lo poco que abultaba. ¿Acaso no había comido nada en las últimas seis semanas?
–¿Crees que podría olvidar el sol, el cielo, la luna y las estrellas? Ángel mío, tú para mí eres todo eso y más.
Grace levantó la mirada con los ojos llenos de lágrimas.
–No llores, pequeña… No soporto verte llorar.
–Lloro de felicidad.
Su intención era darle solo un suave beso para no agobiarla, pero en el momento en que sintió el roce de sus labios no pudo contenerse. Se apoderó de su boca hasta arrancarle un gemido de placer y, al comprobar que respondía con igual pasión, se olvidó del miedo que lo había torturado desde que se había enterado que había caído enferma. Poco a poco, el ardor fue dejando paso a la ternura.
–Yo también estoy muy feliz de estar aquí –le dijo él después de un rato–. Desde que te fuiste he estado completamente perdido… ¿Por qué no contestaste nunca a mis llamadas?
–Porque perdí el teléfono al día siguiente de llegar a África y desde el momento que llegué al orfanato no tuve tiempo ni energía para hacerme con otro. Por eso no respondí. Pero te juro que pensaba en ti todos los días, Marco. Cada vez que tenía un momento, y no fueron muchos, pensaba en ti. No debería haberme ido como me fui.
Hizo una pausa para secarse las lágrimas que le empapaban las mejillas.
–Es cierto que me necesitaban, pero aún no me había recuperado del viaje anterior y lo noté en cuanto llegué. Con tan poca gente trabajando, la situación era casi insostenible. Fui una arrogante al pensar que podría cambiar las cosas. Si hubiese hecho un poco más de caso a mi cuerpo y menos a mi corazón, no me habría puesto enferma.
Marco le apartó el pelo de la cara.
–Escucha, lo que hiciste fue lo más generoso y desinteresado que podría hacer nadie. Yo no tenía derecho a intentar hacerte cambiar de opinión. No fuiste arrogante; de hecho, estoy seguro de que cambiaste

muchas cosas. Seguro que los niños se sintieron mejor teniéndote allí. Por cierto, ¿algún otro niño o trabajador sufrió las fiebres?

–Una niña de unos cuatro años –Grace meneó la cabeza, como si el recuerdo aún le afectase–. Pero por suerte parecía estar recuperándose cuando yo me fui.

–¿Y qué te han dicho los médicos a ti? –tenía miedo de preguntarle por si le daba malas noticias. Apenas pudo respirar mientras aguardaba su respuesta.

–Que sufro de agotamiento físico y nervioso. Yo no tuve fiebres, pero el calor me quitó las fuerzas. Contábamos con muy pocos recursos, así que atender a los niños era más difícil que nunca. Perdí por completo el apetito, lo que empeoró aún más las cosas, y una mañana me desmayé. Cuando desperté ni siquiera podía levantarme. Mis compañeros me dijeron que deliraba y por eso me llevaron al hospital. Pero ya ha pasado. Solo necesito descansar unos días y volveré a estar como una rosa.

Marco no estaba tan seguro. Tenía ojeras y estaba demasiado pálida.

–¿Tienes pensado quedarte mucho tiempo en Inglaterra? –le preguntó ella con cierto nerviosismo.

–¿Crees que me voy a ir a Portugal dejándote así?

–No lo sé. No tengo ni idea de lo que vas a hacer. ¿Cómo voy a saberlo?

–Parece que fueras a llorar otra vez. Quizá no te hace bien que esté aquí.

–No quiero que te vayas –le dijo rápidamente–. Seguramente no debería decírtelo porque debes de estar harto de mis exigencias. Siento mucho haber intentado obligarte a enfrentarte al pasado. Yo no tengo ni idea. A veces pierdo la cabeza y pienso que puedo ayudar a todo el mundo. Sé que es una locura –admitió con una tenue sonrisa–. Supongo que me parezco a mis padres más de lo que creía.

–Querer ayudar no es ninguna locura. A mí me ayudaste al hacer que dejara de huir del pasado. No me obligaste a hacerlo; simplemente me inspiraste. Yo quise enfrentarme a mis demonios. Ojalá hubiera más gente como tú en el mundo, Grace.

–Ya te he dicho en otras ocasiones que hay mucha más gente así. Escucha… sé que estás muy ocupado y seguramente estés impaciente por volver al trabajo y… también sé que te decepcioné, pero me gustaría que te quedaras un poco.

Marco respiró hondo y volvió a acariciarle la cara.

–No tengo ninguna prisa por marcharme. Tú no me decepcionaste. Estabas cumpliendo tu sueño y eso es algo contra lo que no puedo decir nada porque me he pasado la vida intentando hacer realidad mis sueños. Pero ahora mismo lo único que me importa es saber que estás bien y, por lo que he visto hasta ahora, no lo estás en absoluto, así que

no pienso hacer otra cosa que quedarme contigo hasta que estés completamente recuperada. He reservado una habitación en un hotel cerca de aquí, así que me tendrás a mano siempre que me necesites. Pero antes me gustaría hablar con tu padre si fuera posible.

Grace abrió los ojos de par en par.

–¿Para qué?

–Me gustaría que me contase detalladamente lo que han dicho los médicos y recomendarle a uno de mis médicos. Si te parece bien, claro.

Grace se dio media vuelta y cruzó los brazos sobre el pecho.

–No hace falta que me padre te dé ningún detalle porque ya te he contado yo lo que han dicho los médicos. Tampoco necesito ver a ningún otro doctor. Ya te he dicho que solo necesito descansar.

Había algo más. Marco se dio cuenta en cuanto la vio darse la vuelta y rehuir su mirada.

–Me estás ocultando algo… ¿qué es?

–Nada –volvió a sentarse y a apoyar las manos en los reposabrazos.

Afuera seguía lloviendo a cántaros y el viento golpeaba los cristales del ventanal.

–Si no quieres decírmelo, tendré que preguntárselo a tu padre.

Ella volvió a mirarlo y no pudo disimular el miedo.

–No hace falta que hables con él. Verás… al hacerme las pruebas en el hospital, apareció algo que ninguno esperábamos.

–¡Por Dios, Grace, dímelo ya! No sabes la tortura que me estás haciendo pasar.

La vio llevarse la mano al vientre y de pronto se quedó blanca como la leche. Estaba ya cerca de ella cuando se derrumbó en la silla.

–¡Grace! ¡Despierta! *Meu Deus!* –se agachó frente a ella y le buscó el pulso.

Pero entonces abrió los ojos y lo miró con gesto confundido.

–Marco –murmuró–. ¿Qué ha pasado?

–Te has desmayado, Grace. Deberías estar en la cama. ¡Tienes las manos heladas! –se las frotó con fuerza.

La cabeza le daba vueltas en busca de soluciones. Le daba igual lo que dijera ella, hablaría con su padre. No soportaba la idea de perderla ahora que se había dado cuenta de que no podía vivir sin ella.

–Estoy bien.

–¡Deja de decir eso porque está claro que no es cierto! –no podía dejar de mirarla por miedo a que volviera a desmayarse–. Te has llevado la mano al vientre como si te doliera. ¿Es así, Grace? ¿Qué es lo que te duele exactamente?

A sus labios se asomó una ligera sonrisa.

–No me duele nada, solo era una náusea. ¿Puedes pasarme el vaso

de agua que hay en la mesa?

Marco se lo dio y la observó mientras bebía.

–Es normal tener náuseas durante el embarazo –anunció con sorprendente naturalidad–. Especialmente en el primer trimestre.

–¿Qué has dicho?

–Te estoy diciendo que tengo náuseas porque estoy embarazada.

Grace vio el asombro reflejado en los rasgos perfectos de su rostro.

Si no hubiese estado tan débil, le habría asegurado que no tenía por qué preocuparse… no pensaba exigirle que se casara con ella, ni ninguna otra locura. Había muchas mujeres en el mundo que criaban a sus hijos solas y eso era lo que haría ella si él no quería implicarse.

Se había quedado completamente pálido, lo que hacía pensar que no le parecía precisamente una buena noticia. Grace lamentó habérselo dicho; debería haber esperado hasta tener las fuerzas necesarias para afrontar que no quisiera aceptar la responsabilidad de ser padre…

Unos segundos después, cuando parecía haber asimilado la noticia, Marco le agarró ambas manos y la miró a los ojos.

–El niño es…

–No te atrevas a preguntarme si es tuyo –explotó Grace, ofendida.

–No se me ocurriría hacerlo –aseguró él con una sonrisa en los labios–. Voy a ser padre.

–Así es. ¿Te importa?

–¿Que si me importa?

–Una vez me dijiste que no tenías ni idea de lo que era ser padre porque no habías contado con ningún ejemplo.

–Es cierto. Pero nunca dije que no estuviese dispuesto a aprender cuando apareciera la mujer perfecta.

El corazón le dio un vuelco al oír eso último.

–¿Yo soy la mujer perfecta?

–Te tenía por inteligente… pero si todavía no te has dado cuenta, supongo que tendré que decírtelo más claramente.

Lo miró sin decir nada, observando cada rasgo de su rostro, preguntándose cómo había podido vivir tanto tiempo sin verlo, pero aún con cautela.

–Veo que por una vez en la vida te has quedado sin palabras –bromeó Marco mientras le acariciaba los labios–. Te amo, Grace. Te has convertido en lo más importante de mi vida, en lo único sin lo que no podría vivir. Eres la persona más valiente, cariñosa y leal que he conocido.

Grace tenía los ojos llenos de lágrimas desde que le había oído decir que la amaba. ¿Tenía derecho a ser tan feliz? Con todo el dolor que existía en el mundo, era increíble tener la suerte de poder disfrutar de tanta felicidad.

–Yo a ti también te amo, Marco. Te quiero más de lo que podrías imaginar y prometo dedicar el resto de mi vida a demostrártelo.

–¿Estáis ya preparados para esa taza de té? Tu madre se muere de impaciencia.

Su padre asomó la cabeza justo cuando iban a abrazarse. Grace miró a Marco a los ojos y se echó a reír.

–Que nos deje solo cinco minutos más –le pidió Marco al oído, pero antes de que Grace pudiera darle el mensaje a su padre, le dijo–: Cásate conmigo.

Y luego la besó apasionadamente.

Epílogo

La sala VIP del aeropuerto de Heathrow estaba sorprendentemente tranquila aquella mañana. Además de Grace, Marco y Henry, su bebé de seis meses, solo había una pareja de ancianos y una mujer vestida con coloridas ropas africanas.

El pequeño Henry tenía ya amplia experiencia en el mundo de los viajes porque Marco se negaba a separarse de ellos cuando tenía que viajar al extranjero por trabajo y Grace tampoco quería que lo hiciera. Llevaban casados poco más de un año y aún no soportaba la idea de estar lejos de él, ni siquiera un día.

Un par de meses después del nacimiento de Henry habían vuelto a Portugal, donde el empresario estaba poniendo en marcha una escuela de golf para jóvenes desfavorecidos. Ahora, después de pasar quince días en la preciosa casa que tenían en Kensington, volvían al aeropuerto, esa vez para viajar a África a visitar el nuevo orfanato y el nuevo centro médico, dirigido por profesionales muy preparados. Marco se había encargado de todo y le había puesto el nombre de Azizi.

Grace estaba increíblemente orgullosa de su marido. No solo se había enfrentado a los miedos del pasado, sino que los había superado ofreciendo ayuda a niños huérfanos como él.

El pequeño se echó a llorar y Grace lo acunó en brazos para intentar calmarlo.

–Creo que le está saliendo el primer diente. Babea mucho y no deja de chuparse el puño –le explicó a su guapísimo esposo, no sin ciertos nervios.

Llevaba un impecable traje italiano, pero no dudó en agarrar a su niño.

–Dámelo a mí un rato. ¿Por qué no te sientas y te relajas un poco? Puedes tomarte un zumo.

–Preferiría un café.

–No es buena idea tomar tanto café mientras estés dándole de mamar. Acuérdate de lo que nos dijo la pediatra.

–Lo sé, lo sé. No más de tres tazas al día. Entonces supongo que tendré que esperar hasta estar en el avión. Va a ser un día muy largo –añadió con un bostezo.

Henry cerró los ojitos casi de inmediato.

–¿Y te preocupaba no ser un buen padre? –recordó Grace,

meneando la cabeza–. Tienes un talento natural, una especie de toque mágico –lo vio sonrojarse y no tuvo que decirle lo orgulloso que estaba de su hijo.

Cuando Henry se despertaba por las noches, era Marco el que se levantaba de la cama y se lo llevaba a Grace para que le diera de mamar y, cuando se volvía a dormir, se quedaba abrazándolo un buen rato antes de llevarlo de nuevo a la cuna: «Estrechando el vínculo entre padre e hijo», solía decir.

–A veces me cuesta creer la suerte que tengo –reconoció–. Henry y tú me habéis dado todo con lo que siempre había soñado. Por primera vez en mi vida tengo un verdadero hogar y una familia. Te amo con todo mi corazón, pequeña.

Grace se acercó a él y lo besó. Los otros tres pasajeros que había en la sala se miraron y sonrieron.

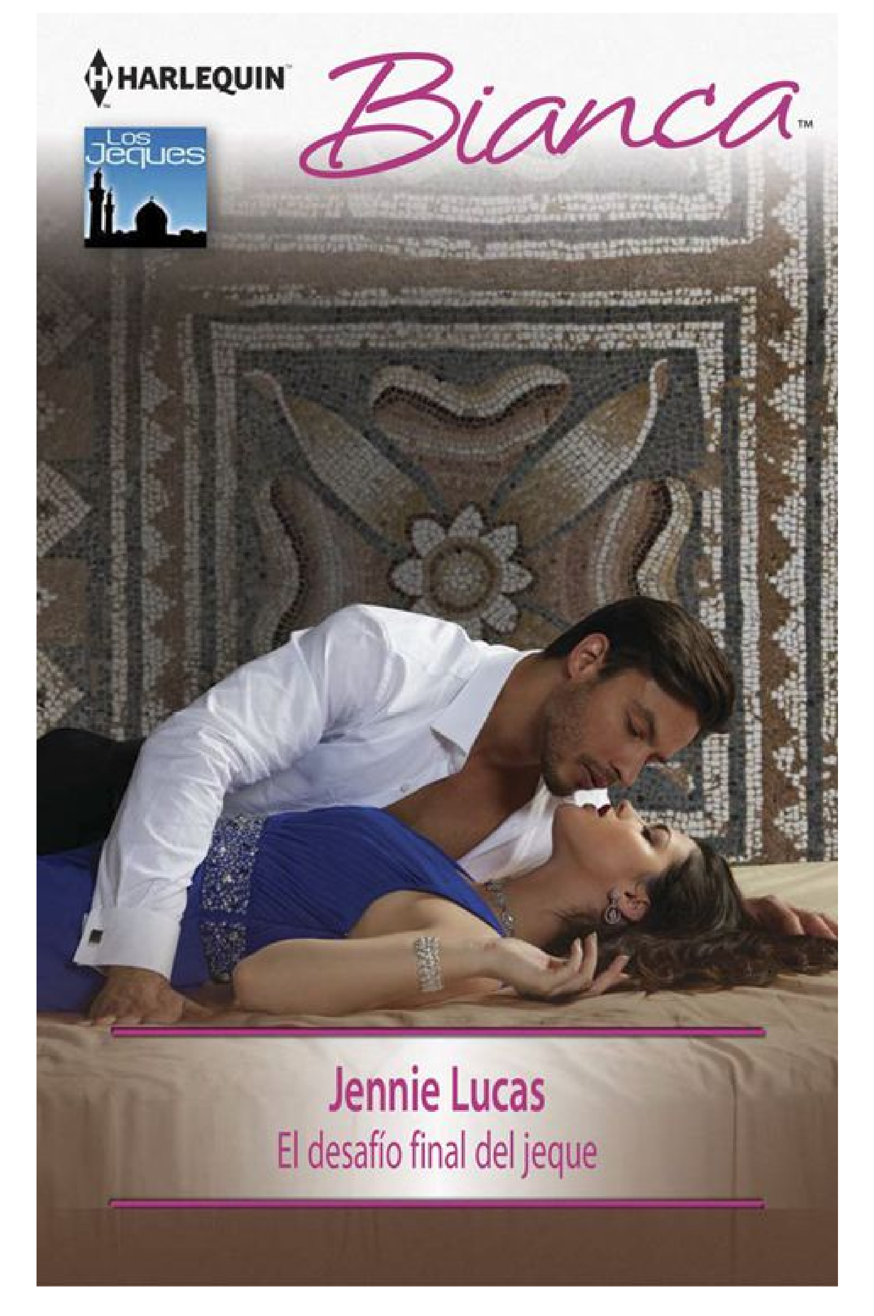
–Yo también te amo, vida mía –le sonrió, seductora–. Y te lo demostraré esta misma noche… en cuanto acostemos a Henry –añadió, susurrándoselo al oído.

Los ojos de Marco brillaron llenos de deseo y de amor.

–Si no tuviera a nuestro hijo en brazos, te demostraría lo que opino de eso, ¡mi pequeña tigresa!

–Promesas, nada más que promesas –bromeó ella, riéndose mientras se dirigía hacia la butaca contoneándose por la sala y segura de que los maravillosos ojos de su marido la seguían.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.


HARLEQUIN
Bianca
Los Jeques
Jennie Lucas
El desafío final del jeque